

Primera Edición, noviembre 2002, Ediciones Petroglifo.
Segunda Edición, diciembre 2003, Ediciones Petroglifo.

Tercera edición, noviembre de 2008.

DON JASHO

Cuidado de edición: Walter Portilla Linares
Carátula: Alex Abanto Agusti
Interiores: Impreso en papel melón de 80 gr.
Fotografía: Archivo MCeditores

Derechos Reservados
© Del texto: Miguel Garnett Johnson, 2002
© Martínez Compañón Editores S.R.L., 2008
Jr. Apurímac 279, Cajamarca, Perú
gerencia@mceditores.com
www.mceditores.com

Edición, diagramación, diseño e impresión: Martínez Compañón Editores
Corrección tipográfica, ortográfica y de estilo: Martínez Compañón Editores

Tiraje: 1000 ejemplares

I.S.B.N.
Registro de Proyecto Editorial N°
Depósito Legal XXXXXX2008

“Kon y Ninamasha no mueren, fueron dioses de fuego anulados por la fuerza del agua, pero quedan latentes, esperando una nueva oportunidad.”

**Alfredo Narváez Vargas
(Dioses, Encantos y Gentiles)**

Carlos arreaba los dos burros lentamente. Pegaba una radio al oído para escuchar el partido entre Ecuador y Bolivia, y lo vivía: contorsionando su cuerpo con cada palabra del comentarista. Daba la impresión que estaba ensayando un baile de discoteca. El fútbol era su gran ilusión en la vida y soñaba con ser un deportista profesional.

Caminaba entre los algarrobos hasta alcanzar la cima de la loma arenosa desde donde se divisaba el pueblo, pueblo perdido entre los arenales de la costa norteña del Perú, pueblo encontrado que podía tener los restos arqueológicos más importantes de la cultura Mochica y, ciertamente, tenía los yacimientos de caolín más ricos en el país. Así lo decían las voces que corrían por la plaza y los bares, en las cantinas y aun en la casa de cita. Hasta hoy, lo que daba al pueblo de *San Jacinto* casi su razón de ser, su ingreso económico, aparte de un poco de agricultura en el valle, era su santuario, dedicado, precisamente, a '*San' Jacinto*, quien, en vida, había sido Jacinto Rojas, conocido por todos como don Jasho.

—¡¡¡Goooo!!! a Ecuador!!! ¡¡¡Gooooooooooooo!!!!

Desde su fundación como hacienda en un año remoto de la colonia, el lugar se había llamado *Santa María de las Dunas de Ninamasha*. Poco a poco, la hacienda se había convertido en un caserío, no por motivo de alguna reforma agraria, ni nada por el estilo, porque, desde la llegada de los conquistadores en el siglo XVI, jamás había ocurrido algo repentino, abrupto o dramático aquí; y cualquier cosa que haya ocurrido antes de esa fecha, ya se había olvidado o quedaba enterrada bajo los extensos arenales de la región. La transformación de la antigua hacienda, a pueblo, se había realizado a través de los años: una chocita por aquí y otra por allá; muchas de ellas, necesarias para dar cabida a la prole de uno de los hacendados, don Matías Malpartida.

Lentamente, como los burros que transitan entre las chacras del valle, las chozas aumentaban hasta formar primero un caserío y luego un pueblo con Municipio propio. Fue el último hacendado, siendo senador en el Congreso de la República, quien logró que se declarara 'provincia' y allí, *Santa María de las Dunas de Ninamasha*, se había estancado. A duras penas se había conseguido la construcción de un pequeño hospital y hasta un instituto pedagógico, que era el repositorio de aquellos jóvenes que querían ser profesionales, pero no lograban ingresar en los centros superiores de Chiclayo, Lambayeque o Piura.

La iglesia en la plaza, era una reliquia de la antigua hacienda; su belleza envejecida, como aquella de una dama hermosa en el otoño de su vida. Contenía altares tallados y cuadros de la época colonial, casi todos en mal estado de conservación. En un momento de entusiasmo empresarial, don Mario Merino, construyó un cine en la plaza frente a la iglesia, que, a pesar de la pésima calidad de las películas que presentaba, tuvo bastante éxito. Inmediatamente detrás del cinema, se levantaba la antena de la radio local, *La Voz de San Jacinto*, llamado originalmente, *La Voz de Santa María*. La oficina

y la sala de transmisiones de esta radio eran un par de habitaciones destartaladas al fondo de un patio, donde algunas gallinas andaban desconsoladamente de un lado a otro, y ropa secándose colgaba en un enjambre de alambres. La esposa del dueño, Margarita Boloña, era la secretaria y, durante todo el día, se sentaba en la oficina como Medusa, contestando el teléfono, y recibiendo a la gente, que entraba y salía continuamente, con sus pedidos para que la emisora tocara este u otro disco. Estos pedidos ocupaban un sector amplio de la transmisión diaria de la radio, entremezclados con noticias locales, mensajes y propaganda comercial. En la diminuta sala de transmisiones, el operador, Orlando Flores, y el discjockey –locutor—comentarista, Andy Huamán, eran el eje de la operación radial. Jóvenes, con 24 y 25 años respectivamente, se consideraban los líderes de la cultura moderna en el pueblo. Eran los primeros en ponerse los jeans de la última moda, las casacas de cuero, los anteojos oscuros, aretes y piercing. Ambos se encontraban muy solicitados para cualquier fiesta juvenil. A decir la verdad, los dos jóvenes eran competentes en su trabajo y lograban dar la impresión de que su radio era altamente sofisticada y bien equipada. Orlando cambiaba discos con una velocidad atlética, mientras los comentarios ofrecidos por Andy, y sus chistes espontáneos, no tenían nada que envidiar de aquellos procedentes de las radios de Trujillo, Chiclayo, o Piura.

Aparte de eso, casi no había nada que llamara la atención en el pueblo: las cantinas de siempre, uno que otro salón de billar, y la casa de citas regentada por La Agucha. Virtualmente, la única intromisión moderna, era una discoteca donde los jóvenes se congregaban los fines de semana, mientras el adorno de las calles consistía en los restos de las pintas políticas y los afiches rasguñados de los candidatos para las últimas tres o cuatro elecciones. En las afueras del pueblo, estaba la plaza de toros —a medio construir. Ésta era el fruto de una inspiración de parte de un alcalde anterior y, como sucede frecuentemente en casos así, no había logrado madurarse. No hubo suficiente dinero para terminar la plaza durante el mandato de aquel alcalde, y su sucesor no tenía la menor intención de concluir una obra comenzada por alguien que no era de su partido político. Entonces, como tantas obras públicas en el Perú, la plaza de toros no era más que un montón de gradas sin terminar y una colección de fierros torcidos, oxidándose. En la práctica, se había convertido en un basural y el único urinario público en el pueblo.

Pocas calles estaban pavimentadas porque, mayormente, las mejoras urbanas introducidas por cada alcalde, consistían en cambiar totalmente el ornato de la plaza. Uno sembró concreto, y otro lo quitó para poner loseta. Uno puso una pileta importada desde el extranjero a gran costo, y otro lo botó para reemplazarlo con reproducciones en cemento de huacos Mochica y Chimú. Uno sembró rosales, otro los cambió por cucardas. Uno puso rejas de fierro para proteger las flores, y otro, so pretexto del lema ideológico “la plaza es para todos”, los quitó y los vendió para luego usar el dinero en la construcción de su propia casa en Chiclayo.

La municipalidad había sido originalmente la casa hacienda de *Santa María* y se ubicaba en la superior de la Plaza de Armas. Las salas amplias de antaño habían sido divididas para crear una serie de oficinas pequeñas y oscuras. Éstas ofrecían el trasfondo de una administración torpe, confusa e ineficiente, porque lo que no cambiaba en nada, en las distintas administraciones municipales, era la administración misma y cualquier persona que entraba en la municipalidad, sentía que los empleados y los huacos reproducidos en la plaza pertenecían a la misma época precolombina:

—Salvo por el hecho de que en aquel entonces no había papel y, por tanto, la administración de la vida del pueblo habría sido más eficiente, mucho más veloz y, ciertamente, más cortés —comentó Ángel Delgado a sus compañeros, con los cuales se reunía todos los días en la plaza para tomar el sol y observar las andanzas de los vecinos, que era un andar lento, buscando la sombra.

Sin embargo, la municipalidad siempre estaba llena de gente, y nunca faltaban colas en la puerta de cada oficina, donde nunca se resolvían los problemas de los solicitantes. Para los empleados, agobiados por un exceso de papeles y peticiones, la manera más fácil de capear la confusión burocrática, que aflige casi toda la administración pública del país, era decir a la gente que regrese mañana, o próxima semana, o próximo mes. La reacción del público era de seguir adelante con sus proyectos, sin licencia o permiso. A fin de cuentas, era más fácil pagar una multa después que lograr sacar el visto bueno oficial, salvo en el caso de haber logrado ganar la confianza de la secretaria del alcalde, la señorita Maribel Llantas. Esta dama intimidante, había sido la secretaria de una sucesión de alcaldes y era casi la única persona en la municipalidad que entendía como andar segura en el laberinto burocrático. Le encantaba caminar con aire de importancia y autosuficiencia de oficina en oficina, con manojos de papeles en la mano. Su apellido le hacía honra, porque daba la impresión de ser una especie de propaganda para *Llantas Michelin*, porque, aunque había cumplido, por lo menos, cinco lustros y era de una gordura notable, se vestía jeans apretadas, muy bajas a la cintura, con un top ajustado, revelando así su bajo vientre, que colgaba como una llanta de grasa. Sonreía, a diestra y siniestra, con condescendencia, conforme se movilizaba entre las oficinas y recibía, airadamente, una que otra petición:

—Por favor, señorita, asegure que el alcalde firme esto.

—¡Señorita, esto es urgente!

—Por supuesto, por supuesto. Todo se arreglará en el momento oportuno. Y aquel momento, por un motivo u otro, no llegaba si la petición no estaba acompañada por un billete de menos que S/. 50.

El único lugar peor que la municipalidad para administración era la UGEL. Jamás pasaba un día en que no estaba colmado de profesores. Las autoridades educacionales eran totalmente incapaces de asegurar, durante las vacaciones de verano, que todos los centros educativos estuvieran dotados de docentes al comienzo de cada año escolar. Como resultado, en vez de estar enseñando en los salones de clase, un buen número de maestros pasaban su tiempo en las oficinas de la UGEL, luchando para ser atendidos por burócratas,

que ocupaban sus puestos, más por su afiliación a un partido político que por su capacidad administrativa. Cualquier profesor que buscaba un cambio de asignación, permiso de ausentarse de su centro educativo, derecho de jubilación, o lo que sea, sabía que no servía, sólo entregar los papeles respectivos, sino que tenía que volver, vez tras vez —como recita el coro de un famoso ranchero mejicano— para asegurar que los papeles avanzaran de oficina en oficina.

A pesar de estos aspectos negativos de la pequeña ciudad, era un buen lugar en que vivir. Los moradores podían ser chismosos, pero también eran amistosos y hospitalarios. Siempre había posada y comida para el forastero, o el visitante. Casi todas las noches del año veían el cumpleaños de alguien, y cualquier persona podía entrar y gozar de la fiesta. Las puertas de las casas se quedaban abiertas, como también aquellas de las tienditas, sin que nadie tuviera por qué preocuparse de ladrones. Sí, era un lugar somnoliento y apacible, que daba la impresión que los arenales alrededor, actuaban como una cinta aislante y que el lugar era una cápsula de tiempo.

Santa María de las Dunas de Ninamasha había sido, justamente, el lugar donde a nadie se le hubiera ocurrido pensar que, allí, podría haber una novedad que llamara la atención. Hasta que, una noche, sí, algo dramático ocurrió.

@@@@@

Se incendió el mercado. En pocos minutos, todo se convirtió en un infierno. Los dueños de los puestos lucharon para sacar su mercadería mientras, algunos vecinos, especialmente los jóvenes, se dedicaron al saqueo. Gritos y llamas llenaron la noche. Como el cuerpo de bomberos de *Santa María* no era sino un grupo fantasma, no había nadie preparado para enfrentar el siniestro y no hubo más agua para apagarlo que la que traían las mujeres de la vecindad en baldes y ollas. Todo era una confusión espantosa, con cientos de pobladores mirando la escena y obstaculizando los esfuerzos para salvar algo del holocausto.

—¡Dejen pasar!
—¡Muévanse!
—¡Miren, el puesto de kerosene de don Pancho se ha incendiado!
—¡Agarren a ese joven! ¡Está llevando mis telas!
—¡Mi puesto! ¡Ayúdenme a salvar mis cositas!
—¡Es mejor que los castillos en la fiesta!
—¡Quítense de allí, carajo!
—¡Mi hijo! ¡Mi hijo Carlitos está allí! —gritaba Petunia Ramos desesperada—. ¡Déjenme pasar! ¡Suéltense! —vociferaba a las mujeres que la tenían sujeta.
—¡Cómo vas a meterte allí, Peta! Te mueres al toque.
—¡Tengo que sacar a mi hijo!

Había dejado al niño, porque estaba enfermo, y lo había dado medicina para que duerma en su pequeño puesto de abarrotes, mientras se fue a atender a algunos clientes en la casa de La Agucha; donde solía trabajar, dos o tres veces a la semana, para aumentar los míseros ingresos que le daba su puesto en el mercado. Al escuchar a la gente gritando en la calle que su puesto se estaba incendiando, echó de la cama al camionero, que la visitaba los viernes, para correr desesperadamente al lugar del siniestro. Por todo el camino gritaba:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

—No se puede entrar, señora —le ordenó un policía que, con sus colegas, vanamente, trataba de controlar la turba.

—¡Mi hijo! —lloraba la mujer desesperada.

En eso apareció Jacinto Rojas, borracho como él solo. Desde la cantina donde había estado tomando se vino abriendo paso entre la gente, más efectivo que Rambo entre sus enemigos.

—¡Muévanse, carajo!

La gente lo dejaba pasar. Cuando un cabo de la policía intentó impedirle el pase, Jacinto le escupió una mentada de madre y le dio un empujón, que hizo caer al pobre policía en brazos de algunos de los espectadores.

—¿Qué pasa aquí? —gruñó, mirando a Petunia, luchando por liberarse de las manos que lo retenían.

—¡Jasho, mi Carlitos! —gritó la mujer desesperada—. ¡Dejé a Carlitos en mi puesto!

Jacinto miró un momento, como si no entendiera a la mujer. Luego preguntó lentamente y con énfasis:

—¿Nuestro Carlitos?

—Sí, Jasho, nuestro Carlitos.

¿Sabía él que ella atendía a otros hombres donde La Agucha? Un miedo enorme posesionó a Petunia: “¿cómo reaccionaría Jacinto al saber que ella le era infiel?”

Repentinamente, se desplomó el techo de uno de los puestos y un chaparrón de chispas llovió sobre la multitud. Las llamas comenzaron a levantarse más alto y el calor intenso, obligó a la gente a dar marcha atrás. Los ojos de Petunia revelaban sus pensamientos y Jacinto los comprendió perfectamente, pero no era un hombre celoso. Lo que lo caracterizaba era su generosidad y su don de compartir. Además, fue donde La Agucha que había conocido a Petunia.

—Bien, Peta, voy a sacar a Carlitos —dijo sin mayor emoción y desapareció infierno adentro.

Pasaron los minutos, que a Petunia Ramos, retenida por sus amigas, le parecieron horas. Luego, contra el trasfondo de las llamas y del humo, apareció Jacinto con el muchachito en brazos. Una sonrisa cubría su cara de oreja a oreja. Para algunos, aquel hombre con pelo negro desordenado y cara sin afeitar una semana, tenía la apariencia del mismísimo Diablo y, para otros,

la de un santo. Depositó a la criatura en manos de Petunia, que estaba medio desmayada.

—Aquí está el chibolo. No le ha pasado nada.

Hubo un momento de delirio alegre mientras la madre abrazaba a su criatura, llorando, gritando, riéndose, todo a la vez.

—Creo que hay alguien más —murmuró Jacinto, ahora totalmente sano y como si no hubiera tomado una copa en semanas—. Me voy vuelta adentro.

—¡No te vayas, Jasho! —gritó alguien.

Pero no hizo caso, como nunca había hecho caso a nadie en toda su vida.

Y, ante los ojos atónitos de la muchedumbre, el hombre volvió a penetrar entre los puestos que estaban ardiendo.

Fue la última vez que lo vieron vivo. No volvió. Y no fue hasta el día siguiente, cuando pudieron caminar entre los escombros, todavía humeantes, que lo encontraron debajo de un mostrador. Se había asfixiado; pero no estaba siquiera chamuscado. Hasta su ropa —jeans, polo y zapatillas— estaba intacta. A su lado, estaba el cadáver del joven a quien había intentado rescatar y que, aunque pareciera extraño, nadie sabía quién era.

—¡Qué raro! Aquí, en *Santa María*, todos nos conocemos y ninguna familia ha dicho que le falta un hijo.

—¿Quién habrá sido, pues?

—Seguramente un choro de Chiclayo que se había metido para robar.

—Sea quien fuera, jaló como duende a Jasho Rojas hacia su muerte. *Santa María* no será lo mismo sin él.

@@@@@

Sí, la muerte de Jacinto Rojas, puso fin a la vida del personaje más pintoresco del pueblo; un personaje completamente contradictorio. Por una parte, era un tipo de lo más borracho, más mujeriego, más grosero; y por otra, sabía ser atento, educado, cariñoso y generoso, fuera de lo común. Nunca guardaba resentimientos contra nadie, y siempre estaba dispuesto a dar una mano para a alguien que tenía cualquier necesidad. En algunas ocasiones, caminaba por las calles de la ciudad con la ropa desordenada, sin lavarse, afeitarse, o, si quiera, peinarse el cabello. Luego, en otras ocasiones, exhalaba un aire pulcro de orden y limpieza. Un día estaría en cima de una escalera, ayudando a un vecino a reparar su techo y, el día siguiente, estaría en el mercado, haciendo compras para una viejita confinada a su casa. Mientras, entre los servicios de ayuda, sería capaz de entregarse a una tranca con sus amigos, y orinar descaradamente su borrachera en la calle, sin importarle, en lo más mínimo, quién pasaba por allí. Le encantaba jugar con los niños y su presencia era muy apreciada en cualquier partido de fútbol, sean en la calle o en la cancha. Además, casi todo el mundo se sentía muy orgulloso si podría decir que don Jasho era un amigo íntimo.

Una vez, después de ganar una apuesta en la casa de La Agucha, Jacinto se emborrachó en tal forma, que peleó con todos los demás clientes que se encontraban allí, reduciendo el salón y el bar de la casa a escombros. Luego tuvo que trabajar duro durante seis meses para pagar los daños, seis meses en los cuales se abstuvo de todo vicio; hasta se privó de una gaseosa o un cigarrillo para poder juntar el dinero suficiente. Cumplió a carta cabal, pues, la casa de La Agucha, quedó reluciente.

—¿Cómo no voy a arreglar la casa de La Aguchita, si ella me ha brindado una noche tan feliz? Después de gozar de sus chicas, qué gusto tuve de romper las sillas, botar los floreros por las ventanas y meter un puñetazo en pleno centro del espejo, pensando que allí estaba la cara del cojudo Fernando Chávez, juez de primera instancia.

Dicho sea de paso, La Agucha salió beneficiada porque insistió en que todos los muebles nuevos, fueran de lo mejor que se podía conseguir en Chiclayo. Ella gozó plenamente, mientras jalaba a Jasho de tienda en tienda, para encontrar los espejos más opulentos, los poltrones más llamativos, u bar de lo más ostentoso. Compraron también algunas reproducciones chillonas de pinturas famosas, como la *Mona Lisa* de Leonardo de Vinci, *Las Meninas* de Velásquez, y la *Maja Desnuda* de Goya. Se añadieron un par de cuadros de Van Gogh y una araña para veinte focos.

—¡Qué linda está mi casa ahora, Jashito, gracias a ti! Tú sabes que eres el hombre preferido aquí —y le plantó un beso cariñoso en la mejilla que la dejó manchada como el balcón de una casa recién pintada para el 28 de julio.

—Gracias, Aguchita.

Estos diminutivos: ‘Jashito’ y ‘Aguchita’, eran completamente inapropiados, dado que él medía casi dos metros, con la musculatura de un Mr. Perú; mientras que a La Agucha, la expresión más educada para describirla, sería la de ‘proporciones apreciables’.

Luego, Jasho cogió la guitarra y, con voz sonora, animó una jarana que duró toda la noche. Con las justas evitó repetir la bronca que había tenido seis meses antes, porque, una vez más, se presentó el juez, y Jacinto Rojas quiso dejar, bien en claro, lo que él pensaba de este lacayo de la Ley, aplanando su nariz. Agarró a Velezmoro por el cuello, y estaba a punto de lanzar un puñetazo a su cara, cuando La Agucha lo cogió y suplicó:

—¡No, Jashito! ¡Por favor!

—Bueno, si eso es lo que quieres, no lo haré —respondió Jasho, y se contentó con pinchar la nariz del juez y decirle—: ¡Lárgate, cojudo!

—¿Qué tienes contra mí, Jacinto Rojas? —gimió Velezmoro—. Yo te he hecho varios favores.

—¿Cómo qué?

—Cuando Sergio Díaz te acusó de robar de su almacén, yo te declaré inocente y hasta insistí en que Díaz te pagara una reparación por haberte calumniado.

—Pero sabías que, de hecho, yo había robado; ¿sí o no?

—Claro que sí; pero te hice el favor de declararte inocente.

—Me declaraste inocente, porque te meabas de miedo. Temías que yo te sacaría la mierda si decías que era culpable. No te importaba nada si Díaz iba a sufrir por culpa tuya.

—De todas maneras, te hice un favor y tú me lo debes.

—¡Te lo debo a ti! No debo nada a un juez cobarde, salvo, quizás, una lección en cómo conducirte como un juez decente. Hiciste bastante daño al pobre Sergio Díaz.

—Para hacerte un favor.

—Quisieras que sepas algo, Velezmoro. Sí, yo robé, porque a un par de mis chibolos les faltaban uniformes para la escuela, y yo estaba misio. Díaz tenía toda la razón de acusarme. Cuando conseguí unas cuantas lucas, le pagué lo que debía y compré una caja de cerveza. Nos dimos la mano como amigos; pero, eso fue después de que tú lo habías hecho quedar tal mal públicamente.

—Entonces, ¿no recibo si quiera gracias por el favor que te hice?

—Lo único que recibirás de mí, es una patada en el trasero. Ahora, cómo te lo dije: ¡lárgate! —y lo dio al juez un empujón que lo lanzó de un lado de la habitación al otro.

La mayoría de los habitantes de *Santa María* hubiera tenido muchísimo gusto a decir lo mismo, porque el Juez Velezmoro era bien conocido como un hombre listo a vender un veredicto favorable al cliente que más pagaba.

—¡Coimero y cobarde, carajo! —espetó don Jasho, cuando Velezmoro salió.

Los testigos de esta escena, se contentaron en sonreírse y aplaudir calladamente. No les convenía aprobar abiertamente lo que había Jasho Rojas, porque ¿quién sabía dónde sería el próximo encuentro con el juez? En el tribunal, quizás. Jasho los miró con un cierto desprecio y hubo un momento de silencio frío. Luego el hombre eructó una carcajada, cogió una guitarra y se lanzó a cantar una canción obscena, titulada: *El juez y la hija del molinero*. Todo el mundo participó en el coro, y otra ronda de tragos restauró el ambiente de felicidad.

La fiesta terminó en la madrugada, con los participantes bamboleando en grupitos de dos o tres hacia sus casas y cantando fragmentos de las canciones tocadas por Jasho durante la noche. Por su parte, La Agucha estaba muy contenta al ver su casa restaurada y el negocio navegando de nuevo de viento en popa.

@@@@@

La amistad entre Jacinto Rojas y La Agucha era mucho más profunda que aquella que podría brotar, simplemente, entre una dama generosa y un cliente

favorito. Ambos habían sufrido intensamente y habían logrado convertir su experiencia amarga de la vida en una herramienta para ayudar a otras personas que sufrían. Sólo a La Agucha, había revelado Jasho la amargura de su niñez. Lo hizo en una cama en Ayacucho, mientras la ciudad se sacudía bajo las explosiones de bombas senderistas.

—Yo nací en uno de las poblaciones que hay a lo largo de la carretera marginal entre Chiclayo y la selva. Más tarde, cuando pude ver algunas películas de los vaqueros en el Lejano Oeste de los Estados Unidos, siempre recordaba el pueblucho donde nací.

Mis padres eran de la sierra de Cajamarca, y se habían emigrado en búsqueda de una vida mejor. Pero, la suerte no estaba con ellos. Poco después de que yo nací, mi padre falleció de una fiebre misteriosa. Para pagar, primero las medicinas y luego el entierro, mi madre tuvo que vender todo lo que tenía, y nos quedamos postrados en la pobreza absoluta. Pronto, se sometió al primer hombre que le ofreció algo en aras de alojamiento y comida. El precio fue de ser víctima de continuos malos tratos, golpes y sexo violento cada vez que el individuo llegaba borracho a la casa. Mi madre se embarazó y dio a luz a una niña. Mi padrastro estaba furioso y le gritó:

—*¡Carajo, és no es mía! ¡Te has acostado con otro, perra!*

—*¡No! ¡Te juro que no!*

—*¡Perra mentirosa de mierda! ¡Te doy todo y me pagas así!*

Me fui corriendo para defender a mi madre y recibí una fuetada. Luego mi padrastro nos botó a la calle.

—*¡Qué triste!* —comentó La Agucha.

—Eso no fue todo. El plato se repitió con otro tipo y, de nuevo, nos encontramos en la calle. Luego, cuando yo tenía unos doce años, mi madre se juntó con un carpintero. Yo tenía que trabajar allí y, poco a poco, me entraba un odio profundo por ese hombre.

—*No debes odia a nadie —me decía mi madre.*

—*Él te hace sufrir mucho y, un día, le voy a hacer pagar.*

Ese día se presentó, poco después. Mi padrastro acaba de alistar una madera para laquearla y, por mala suerte, topé un taro de pintura que se derramó sobre la madera.

—*¡Mira lo que has hecho, muchacho de mierda!* —gritó mi padrastro. Y se lanzó para pegarme. Pero ya no iba a aguantar que me pegue y agarré un fierro—. *¡Deja eso!*

—*¡No!*

—*¡Te voy a sacar la mierda, carajo!*

Le di un golpe en la cabeza y, cuando se cayó, huí selva adentro y me refugié con una de las tribus. Allí, aprendí hablar su idioma y me enseñaban muchísimo; sobre todo, cómo usar las plantas para curar a la gente y como

convivir con la naturaleza. Me iba creciendo y, un día, el jefe del grupo donde yo vivía me dijo:

—*Ya eres uno de nosotros. Hay una chica huérfana que te vamos a dar para que sea tu mujer.*

Esa misma noche, huí otra vez. Eventualmente, llegué a Lima. Trabajaba en cualquier cosa. Una noche, en La Parada, estaba descargando un camión cuando llegó la leva. Luché como no puedes imaginar...

La Agucha se rió y dijo:

—Sí, Jasho, lo puedo imaginar. Sé muy bien cómo peleas.

—Aunque no pude vencer contra los seis soldados que me sorprendieron, por lo menos mi esfuerzo me ganó la amistad de un capitán, que me hizo entrenar como boxeador. Gané bastante prestigio para nuestro regimiento. Después de cada campeonato, chupamos y, borracho, pegué a un oficial. Por eso, estoy en Ayacucho.

Ahora, te toca a ti contarme tu historia. Tú no eres serrana, entonces ¿por qué estás en este chongo?

—Yo también he sufrido. Soy de Chiclayo y mi familia tiene plata. Mi padre es un negociante y, creo, que no todos sus negocios son tan limpios que digamos ...

—¿Narco?

—Creo que sí. Por supuesto, nunca hablaba de sus negocios con nosotros, y me mandó a mí y a mis hermanas a un colegio de religiosas. Cuando cumplí los dieciocho años, me enamoré de un chico se llamaba Carlos y que, según mi padre, no era de mi clase.

—¿No te dejó casar con él?

—No.

—Y, ¿qué pasó?

—Me escapé con Carlos y huimos a Lima.

—Entonces, ambos somos refugiados —rió Jasho.

—Así parece y, en mi caso, todo resultó mal.

—¿Qué sucedió?

—A pocos días de llegar a Lima, estuvimos caminando de noche por un parque. Fuimos asaltados y perdí conciencia. Cuando, unos días más tarde, me desperté, me encontré aquí en Ayacucho, al servicio de los oficiales. Había uno que me visitaba bastante. Era guapo, inteligente y de una familia arequipeña. Un día, me dijo:

—*Sabes, Agucha, me gustaría sacarte de aquí, cuando termina esta maldita guerra.*

—*¿Y, cuándo va a ser eso? A mí me parece que los terrucos están ganando.*

—*¡No digas eso!*

—Andrés, yo te escucho a tí, y también a los otros oficiales jóvenes que vienen aquí. Me doy cuenta de su desesperación y me dan la impresión que odian a todo el mundo aquí en Ayacucho.

—Claro. Hemos venido para limpiar el país de los malditos terroristas, pero la gente no está agradecida. Nos mira mal. Habla quechua y se ríe de nosotros. Siento que soy un extranjero en mi propio país.

—Fue la última vez que lo vi. Lo mataron, pocos después, y a mí me mandaron a servir a los suboficiales, como tú. Pero es aquí en este chongo que he aprendido que a ustedes les hacen falta mucho más que una borrachera y un rato de sexo. Todos están desquiciados. Así, Jasho, he tratado de brindar cariño auténtico.

—Y cuando todo esto termina, ¿qué harás Agucha?

—Ya que he aprendido el oficio, haré lo que estoy haciendo ahora?

—Y yo seguiré siendo un cliente.

Así fue. Cuando terminó la emergencia terrorista, tanto Jacinto Rojas, como La Agucha, salieron de Ayacucho e, independientemente, llegaron a Santa María de las Dunas de Ninamasha, donde ella abrió su propia casa de citas y él se convirtió en el personaje más pintoresco de esta pequeña ciudad.

@@@@@

Después de la jarana para celebrar la restauración del establecimiento de La Agucha, Jacinto Rojas caminó lentamente hacia su choza en las afueras del pueblo. Aunque había tomado más que cualquier otro, ahora estaba completamente cuerdo y tocaba su guitarra suavemente, mientras ambulaba por las calles vacías de gente. Cantaba en voz baja, no una de los cantos obscenos que había dirigido durante la noche, sino un arrullo, que él mismo había compuesto para su hija, Ñusta. Ella era su hija menor y cuando estaba con ella, Jasho siempre estaba lleno de felicidad. “¿Por qué?” —se preguntaba— “¿los niños pueden ser tan maravillosos, cuando son pequeños, y luego se malogran cuando son adultos?” Simplemente, pensar en la pequeña Ñusta, llenaba a Jasho con alegría esta mañana y, repentinamente, se dio unos saltos en el aire. Justo, en ese momento, apareció una mujer joven —poco más que una chiquilla— empujando una carretilla, llena de ollas grandes. Corriendo a su lado, lloroso y medio dormido, había un muchacho, con una gorra de lana, coronada con una borla de azul eléctrico.

—¿Tienes desayuno en esas ollas? —preguntó Jasho.

—Sí, señor. Hay sopa, saltado y frito. Entonces, me puedes servir, aquí mismo.

—¿Qué quiere usted?

—¡Todo! Después de chupar toda la noche, tengo hambre.

La muchacha bajo la carretilla y sirvió un plato de sopa, que Jasho consumió con entusiasmo, sentado al filo de la vereda. Sonrió al niño y extendió la mano:

—¿Cómo te llamas, hombrecito?

El niño no respondió y se escondió detrás de su madre.

—Se llama Paquito —dijo la chica—. He intentado ponerlo en un jardín, pero es muy tímido y quiere estar conmigo todo el tiempo.

—¿Tiene hermanos?

—No. Él y yo, estamos solos.

—¿Y, su padre?

—Él se casó con otra. —La chica suspiró y luego continuó—: Yo era una doméstica en la casa de su familia y él era el hijo mayor. Cuando yo estaba allí, él era universitario y me molestaba continuamente, para que nos acostemos juntos. Yo lo negaba. Luego, una noche, cuando sus padres estaban en un compromiso fuera de la casa, rompió la puerta de mi habitación y me obligó a tener sexo con él. Me quedé embarazada y tuvimos un lío tremendo, porque él quería que yo abortara a la criatura, y lo negué. Cuando su madre descubrió lo que había sucedido, me echó toda la culpa a mí y me botó a la calle:

—*¡Perra desgraciada! ¡No eres más que una puta y saldrás inmediatamente de mi casa!*

Intenté hacerle ver lo que había sucedido, pero fue inútil. Cuando le dije que no tenía adonde irme, me contestó que no le importaba y que lo debería haber pensado en eso, antes de seducir a su hijo. Entonces, me encontraba, de golpe, en la calle. La mujer rehusó darme una recomendación y seguía gritando de que yo era una puta de lo peor, que había atrapado a su precioso e inocente Ignacio. Me dijo que debería trabajar en un burdel y que ella se encargaría de asegurar que yo nunca consiguiera trabajo en una familia decente. Ya no me quedaba otra opción, que volver aquí, a *Santa María*, que es mi tierra. Nunca había conocido a mi padre y madre estaba enferma. Tuve que arreglármelas, y he tenido suerte. Ahora tengo un puestito en el mercado, donde puedo vender comiditas, y, gracias a Dios, tengo un buen número de clientes.

—Así debe ser. La sopa fue deliciosa. Déjame probar el saltado.

—Tendrás que apurarte, porque no quiero llegar tarde. La mayoría de mis clientes trabajan en el mercado durante la noche y, si no estoy allí temprano, irán a otro puesto para su desayuno.

—Entonces, vamos juntos. Yo empuaré la carretilla y tú puedes traer mi guitarra.

Por primera vez, desde que se habían encontrado, la chica sonrió. Mientras caminaban, Jasho le preguntó:

—El padre del niño, ¿te da algo de dinero?

—No. Se ha negado rotundamente a reconocer a su hijo, y es imposible que alguien como yo lograra que me hagan justicia. Hablé con un abogado, pero cuando le dije quién era el padre del niño, se rió y me dijo: *“Niña, no hay manera para que esa familia reconozca como suya una criatura que tiene por madre, una doméstica”*.

—¿Y, te olvidaste?

—¿Qué más pude hacer? Cuando intenté hablar de nuevo con la abuela de mi hijo, se puso histérica, y me dijo que seguramente me había acostado con

un manganzón durante mi día libre, y que luego echaba la culpa a Ignacio con el fin de conseguir dinero. Bueno, no iba a haber dinero y yo tenía que afrontar sola mi situación. Sólo con una prueba del DNA, puedo mostrar la verdad, pero eso es imposible, porque yo no tengo dinero e Ignacio nunca va a cooperar.

—Pero, eso es totalmente injusto. Es un crimen.

—Por supuesto, pero, el criminal soy yo.

—¿Por qué?

—Porque soy pobre. En el Perú es un crimen ser pobre. Mi Paquito tiene la cara de su padre, pero no hay manera de sacar justicia para él.

Llegaron al mercado y Jasho ayudó a la chica arreglar su puesto. Luego gozó de un plato de frito, en el área de servicio, detrás de un biombo. Pronto comenzaron a llegar los hombres y jóvenes que habían estado trabajando toda la noche, descargando camiones y llevando la mercadería a los puestos. La chica se encontraba muy ocupada, llenando platos, mientras la conversación y los chistes volaban entre los clientes. Inevitablemente, hubo una discusión fuerte sobre el partido de fútbol, realizado al día anterior entre los dos clubes rivales en el pueblo: *Santa María Sport Boys* y *Santa María Unida*. El resultado había sido un empate, y hacía falta desmenuzar, analizar y revisar, hasta que se había examinado todos los detalles del partido. Después de una discusión bastante acalorada, porque había hinchas de ambos clubes en la mesa, se llegó a la conclusión —que es casi siempre la misma en las discusiones kilométricas en la televisión, radio y prensa escrita, sobre el fútbol—:

—¡El fútbol nacional es un desastre!

—¡Es una vergüenza, carajo!

—Casi todo el dinero que tiene el IPD se gasta en el fútbol, y perdimos.

—Para otros deportes, donde ganamos, casi no hay apoyo.

—Francamente es una mierda.

—Así es, compadre.

Y eso, en lenguaje un poco más elegante, era lo que el locutor Andy Huamán estaba diciendo por radio:

—Ya es tiempo de que viéramos fútbol decente, aquí en *Santa María*. ¡Basta ya de exhibiciones mediocres y sin talento! Es un robo, tomar nuestro dinero y luego presentar un espectáculo tan pobre y aburrido, como él de ayer.

Cada mañana, a las 5.30 a.m., “*Radio la Voz de Santa María*” se lanzaba quejumbrosamente al aire, con noticias y música, a máximo volumen, por los altoparlantes del mercado. A pesar de la bulla, a la que la mayoría de la gente no prestaba la más mínima atención, los comensales en las mesas conversaban a gritos. En la mesa donde don Jasho estaba detrás del biombo, ahora lavando platos, hubo un cambio de tema.

—¿Qué pasa, Filiberto? Tienes una cara largaza.

—Estoy preocupado. Mi suegra está enferma y no hay de dónde sacar plata para la medicina. No sé por qué la vieja no muera de una vez.

—Para joder —rió Jorge Saldaña.

—¡Joder! ¡Ésa es la única cosa que ha hecho, desde conozco a la bruja!

—Y cuando muere, seguirá jodiendo —intervino Jaime Malatesta—, porque un entierro saca un ojo de la cara.

—¡Ya lo sé! —espetó Filiberto Correa—. Mis cuñados, que no tienen ni medio, quieren que se haga el entierro a todo dar: cajón de primera, un nicho de primera también, y que demos de comer carne de primera a todos los manganzones que se presenten. En vez de un cajón de cedro, tapizado adentro con seda, lo que la vieja va a necesitar es un extintor para combatir las llamas del purgatorio, porque es allí que tiene que ir, por la lengua venenosa que tiene.

—Tú también, Filiberto Correa —dijo Jasho, riéndose y sacando la cabeza por el biombo.

—Jasho, carajo, ¿qué haces allí?

—Estoy ganando unos cuantos méritos para asegurar que mi propia estadía en el purgatorio sea la más breve posible. —Todo el mundo se rió— Ya es tiempo de que me vaya. —Se volteó hacia la chica y le preguntó—: ¿Cuánto te debo?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Tú me has ayudado bastante.

—No he hecho casi nada, y tú necesitas plata. Aquí, toma —y le metió un billete de diez soles en la mano.

—¡Es demasiado!

—¡Toma y cállate!

Con eso, don Jasho se despidió con un beso enorme a la chica y un saludo a los comensales. Tomó su guitarra y salió, silbando alegremente por las calles, que ahora estaban atascadas de gente y vehículos. Como todo el mundo lo conocía, la caminata fue una de saludos y gritos alegres. Conforme Jasho llegaba a las afueras del pueblo, las calles se convertían en caminos llenos de huecos, y las casas de ladrillo y de adobe cedían a chozas de esteras.

@@@@@

Jasho vivía solo, en una choza ubicada en las laderas del *Cerro Kon*, a las afueras del pueblo, cobijada bajo la sombra de un par de algarrobos y rodeada por un cerco de caña de Guayaquil. Sabía contar largas historias y, las personas que lo visitaban, lo escuchaban con gusto. Conocía más de la historia de la zona y de las leyendas de los dioses antiguos que cualquier otra persona en *Santa María* y, bajo la magia de su voz melódica, la cultura mochica tomaba vida; una cultura, en cierta medida, aún más rica que aquella de los incas. Escuchar sus descripciones, ofrecidas con un tono que subía y bajaba, era como sentir las olas del mar trayendo a Ñaymlap y sus seguidores en embarcaciones de balsa a la costa norte del Perú en una época antes del nacimiento de Cristo. Jasho podía pintar, con palabras, los cuadros de los cortesanos que rodeaban al Señor de Sipán, y permitir a sus oidores palpar la belleza de aquella cultura.

—Escuchar a Jasho es como beber una chicha rica y refrescante.

—Es sentir la presencia de los antepasados entre nosotros.

Pero, de anticuado, don Jasho no tenía nada. Era tan capaz de bailar rock con los jóvenes en la discoteca, como contar leyendas de los antepasados. Podía bailar toda la noche, sin mostrar señales de cansancio, mientras los adolescentes se desplomaban exhaustos.

Tenía fama de curandero y hasta de brujo. Dos o tres noches por semana, personas humildes, lo visitaban para que las cure. En el pequeño patio, donde ponía su mesa y hacía sus ceremonias, invocaba a las huacas y a las lagunas de las Huaringas; mientras, a las personas que asistían a su casa, les venía la sensación de que Jasho se posesionaba de una fuerza especial que no podían describir con facilidad. Lo más cerca a una definición, fue escrita por un joven que se dedicaba a la poesía: era '*una fuerza luminosa*'.

Muchos de los asistentes a las ceremonias en el *Cerro Kon*, sentían que el Jasho que presidía la mesa de curandero, no era el mismo Jasho Rojas de las jaranas, abajo, en el pueblo. El contraste era demasiado marcado, dándose pie al rumor de que había dos Jacintos Rojas: uno santo y otro pecador.

—Imposible que sea uno solo —opinó Mercedes Malagache; un moreno de pelo rizado, que tenía una peluquería—. ¿Cómo puede el mismo hombre orar a Dios y a los santos con tanta unción y luego tirar a chicas, emborracharse y cantar las canciones más groseras?

—Han habido casos de personas así —intervino Felipe Chero, profesor de Historia en el instituto pedagógico—. Uno fue el del monje Rasputín—. Pero aun él, solamente lograba estar en un lugar a la vez. Parece que Jasho puede estar en dos.

—Vamos a hacer una prueba —dijo Malagache—. Mientras Jasho está tomando donde "El Tuerto", mandaremos a un joven a correr a toda velocidad para ver si también se encuentra arriba en el cerro.

—De acuerdo, don Meche.

Hicieron el intento varias veces, pero siempre ocurrió algo que malograba la prueba. La vez que corrió el joven Percy Vargas, se cayó y se torció el tobillo. Cuando hicieron el intento con Pedro Luna, el muy condenado, justo antes de subir el cerro, paró para tomar una gaseosa. No se sabe qué tuvo la bebida pero, a Pedro, lo encontraron horas después, durmiendo una profunda borrachera. En otra oportunidad, fue Álex Castillo quien hizo la carrera. Según él, cuando comenzaba a subir el cerro, escuchó una voz, como de ultratumba, que le preguntó qué hacía. Le entró un miedo tremendo y se fue corriendo a su casa. Ya después de eso, nadie quería hacer la prueba, hasta que se ofreció Renzo Quispe.

—¿Lo ves, Renzo? Allí está Jasho, chupando —sopló don Meche—. Ahora corre al cerro.

—Ya voy; y no olvide que si lo veo, me debe usted cien lucas.
Y, sí, ¡lo vio! Jasho estaba inmerso en una ceremonia de curación, rodeado por un buen grupo de personas, completamente absortas en el ritual. Jasho

escupía aguardiente al norte y al sur, al este y al oeste. Invocaba a los santos. Nadie observó a Renzo.

—¿Estás seguro, Renzo, de que fue él? —preguntó don Meche, cuando el joven regresó corriendo.

—Claro, nadie puede confundir a Jasho con otro. El tipo es único. Se lo juro por Dios y por mi madre santísima, que descanse en paz —se persignó y besó los dedos.

—Entonces, si es el mismo hombre, el Jasho es capaz de la bilocación.

—¿De la qué?

—De la bilocación.

—¿Y qué miércoles es eso?

—De poder estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo.

—No puede ser, carajo —opinó Andrés Camacho.

—No puede ser; sin embargo, lo es.

Así concluyó el diálogo, como tantas veces concluyeron las conversaciones sobre Jacinto Rojas: “No puede ser, pero así es.”

@@@@@

El hecho de que don Jasho pudiera curar, no caía nada simpático a los médicos del hospital, que hacían todo lo posible para desprestigiarlo:

—Es un mal elemento y hace mucho daño con sus brujerías.

—Es un estafador y charlatán. No entiendo cómo la gente puede ser tan estúpida para acudir a él, cuando tienen todos los servicios de este hospital a la mano.

—Lo peor es que no sólo la gente pobre e ignorante busca a Rojas, sino personas educadas y hasta profesionales.

Cuando estas quejas llegaban a los oídos de Jacinto no hacía más que ofrecer una sonrisa y un ademán de hombros. Una vez comentó:

—Parece que el pobre director del hospital, no sabe que su propia mujer me visitó una vez porque estaba desesperada por su hijo. El chibolo se le moría, y el huevonazo de su marido no supo medicarlo.

—¿Y lo curaste tú?

—Le di la medicina a la mujer, pero no lo curé. Sólo Dios cura.

—Tú invocas a Dios cuando atiendes a la gente, ¿no, Jasho?

—Claro que sí.

—¿Y a los santos?

—Por supuesto, compadre.

—También invocas a las huacas y a las Huaringas.

—Así es.

—Entonces, ¿eres cristiano o eres pagano?

Por toda respuesta, Jacinto ofreció una de sus sonrisas profundas.

—Jasho, tú no vives como manda Dios.

—¿Cómo es eso?

—Dios no quiere que uno sea borracho o mujeriego, y tú te pasas en ambos campos.

—¿Cómo sabes lo que quiere o lo que no quiere Dios? ¿Acaso has hablado con Él?

—Es lo que dice la Biblia.

—También dice otras cosas. Dice que para mostrar tu amor a Dios, debes amar a tu prójimo y tú sabes, igual que yo, que las devotas de las dos cofradías en la parroquia, se llevan bronca. La Biblia dice que Jesús andaba con los pecadores y yo sé que Él anda conmigo.

—¿Tú lo crees? Mucha gente, aquí, piensa que eres un compactado y es el mismo Diablo el que te da su fuerza y sus conocimientos para curar a la gente. No piensan que andas con Jesús, sino con Satanás.

—¿Pensas que el Diablo me va a dar conocimientos para hacer el bien a la gente?

—Podría ser para atrapar a esa gente. ¿A cuántas de las mujeres que te visitan te las has tirado?

Repentinamente, la cara de Jacinto se puso dura y su voz salió fría:

—Oye, compadre, a mí nadie me jode con esa vaina.

—No te estoy jodiendo, Jasho.

—Tú me ves como un bruto, fuerte, tirador, borracho, y tienes razón, porque lo soy. Pero no soy ignorante. Sé la diferencia entre el poder del bien y el poder del mal.

—Entonces, ¿tú no tienes nada que ver con el Diablo?

—Nada, compadre.

—¿Y las huacas?

—Eso es otra cosa.

—¿No pertenecen a la religión pagana?

—¿Qué es ser pagano?

El viento sopló en los algarrobos y levantó una polvareda en el patio de la choza.

A sus espaldas, siempre seguían los comentarios, a pesar de que Jacinto nunca aceptaba los pedidos que le hacían para hacer daño:

—No, señora, no estoy metido en esas cochinadas.

—Pero, don Jashito, no sea usted malo. Mire, todo el daño que me ha hecho ese sinvergüenza de mi cuñado. Él debe pagar por lo que me ha hecho sufrir.

—Para eso existe la justicia, señora.

—Yo no tengo plata para estar con abogados y, aún si gano, lo único que le van a hacer, es meterlo en la cárcel por un par de años. Yo no quiero eso. Quiero verlo sufrir. Quiero verlo llorar y que me pida perdón. Quiero poder escupirle en la cara y saber que él nada podrá hacer para defenderse.

—Eso no lo puedo hacer.

—¿No puede, o no quiere?

—No quiero y, por eso, no puedo.

—Don Jashito —susurró la mujer—, le daré lo que usted me pida. —Cerró los ojos y añadió en voz aún más baja—: ¿no es usted compactado? Jacinto la miró con desprecio y, sin decir una palabra más, dio medio vuelta y entró a su choza.

@@@@@

En cuanto a sus hijos, y tenía bastantes, a ninguno lo reconoció legalmente, pero nunca les faltaban sus alimentos, ropa y sus útiles escolares. Además, Jacinto les aconsejaba muy bien y sabía orientarles; porque, aun en una ciudad pequeña, como *Santa María*, había oportunidades de sobra para andar por caminos equivocados, que conducían a la drogadicción, y de ser un pandillero, o un criminal.

De hecho, había pocos robos dentro de la ciudad misma, pero su proximidad a la Carretera Panamericana, la hacía una rampa de lanzamiento ideal para las pandillas que se dedicaban a asaltar los buses y los camiones en las noches.

En una ocasión, Jasho mismo estuvo en un bus que venía desde Chiclayo, y que fue asaltado a las dos de la madrugada. Se llenó de indignación al ser reducido a espectador paralizado, mientras los pasajeros fueron obligados a entregar dinero, joyas y equipajes, bajo una lluvia de insultos y groserías. No pudo hacer nada, porque los asaltantes ya habían herido al chofer y un miembro de la pandilla amenazaba a los pasajeros con una metralleta. El momento más tenso del asalto fue cuando uno de los asaltantes enmascarados jaló a una chica hacia la puerta. Ella gritaba con desesperación:

- ¡Suéltame!
- ¡Cállate! —espetó el enmascarado, y dio una bofetada en la cara.
- ¿Adónde la llevas? —preguntó el de la metralleta.
- Afuera.
- ¿Para qué?
- Tú lo sabes, compadre.
- ¡Nada! ¡Llévala a su asiento!
- Pero, compadre...
- ¡Nada, te he dicho, carajo!

Jacinto Rojas reconoció la voz del enmascarado, y decidió visitarlo cuanto antes. Fue todavía bastante temprano, cuando tocó la puerta de lata de una choza miserable.

- ¿Está Mauro? —preguntó a la mujer que contestó.
- Está durmiendo.
- No me sorprende, porque pasó la noche bien ocupado.
- Sí, el pobre trabaja de noche.
- Bueno, aunque esté cansado, quiero hablar con él. Anda y despiértalo.

—No puedo. Mauro me daría una paliza dura si lo despertara.

—Entonces, yo voy a despertarlo, y veremos quién recibe la paliza. —Con eso, empujó de lado a la chica y entró en la choza—. ¿Dónde duerme?

—Allá, —contestó la chica, indicando una cortina sucia de plástico.

Jasho la arrancó bruscamente, se acercó a la cama y sacudió al joven, que estaba profundamente dormido.

—¡Levántate! —gritó.

—¿Qué mier...?

No pudo decir más, porque Jasho le dio un puñetazo en la boca.

—¡Miserable conchudo! Te divertiste anoche, aterrorizando a los pasajeros del bus que tú y tus patas asaltaron. Ahora, yo me voy a divertir contigo.

Jasho no le dio el privilegio de una pelea entre hombres, sino se sentó sobre la cama, y lo jaló encima de sus rodillas.

—Te voy a dar la paliza en el culo, que tu viejo debería haber dado hace años, pero no lo hizo.

Mientras tanto, la chica había corrido a unos vecinos, para buscar ayuda, gimiendo:

—¡Socorro! Jasho Rojas está pegando a mi pobre Maurito.

La acompañaron hasta la puerta de la choza; sin embargo, sabían que sería nada sensato meterse con don Jasho. Escuchaban los gritos de Mauro y las risas de Jasho; pero nadie puso un pie dentro de la choza. Después de varios minutos, sentían que Jasho tiró a Mauro al suelo y dijo:

—Que eso sean una lección. Si quieres seguir jodiendo a la gente con los asaltos en los ómnibus, sabes lo que te espera; y tus compadres también. Pero, la próxima vez, te juro que no podrás andar durante un mes. —Luego, se levantó y salió a la puerta de la choza con una sonrisa amplia en la cara. Cuando vio a los vecinos, les preguntó—: ¿Han venido a mirar el juego?

Nadie contestó, y el grupo se disolvió, regresando a las chozas alrededor. Sólo la compañera de Mauro se quedó, parada en la puerta. Jasho le hizo una venia y dijo:

—Señorita, le deseo muy buenas días.

@@@@@

Cuando se supo lo que había sucedido con Mauro López a manos de Jacinto Rojas, hubo un cuchicheo de aprobación, más la inevitable actitud sobrada de los miembros de la sociedad que siempre hacían alarde de su rectitud y jamás movían un dedo para poner coto a la actividad criminal de personas como Mauro López.

—Cualquiera pensaría que ese Jasho es un santo varón —comentó un día Matilde Zúñiga.

—Para mí lo es —le contestó Ambrosia Ramos.

—Pero tiene hijos en ti y uno en tu hermana —resopló Matilde.

—Tú no sabes. Jasho es tan cariñoso, tan varonil. Estar con él, es como estar en el cielo.

—¡Y desde cuándo se puede comparar el cielo con una cama de fornicación!

Ahora, cuando se trataba de fornicación, don Jasho obedecía una moralidad precisa. No tenía ningún problema en acostarse con una chica en la casa de La Agucha, o con cualquiera que quería estar con él. Pero, jamás abusaría de una mujer, ni tampoco usar el sexo como coima o chantaje; y no dudaba de proclamar sus normas propias de moralidad a los jóvenes de la ciudad, para quienes él era el gran ídolo a imitar.

—¿Quieres tirar bien a las chicas?

—¡Cómo no!

—Entonces, nunca faltes el respeto a una dama; ni siquiera a una puta. A esas pobres chicas casi hay que tratarlas con más respeto y cariño todavía. No gozan del amor de nadie. Todo el mundo abusa de ellas.

—Pero cuando uno está en tragos, don Jasho, a veces no sabe lo que hace.

—¿A mí me has visto en tragos?

—¡Cuántas veces!

—Pero sé controlar el licor; sé tomar como hombre y no como cojudo. Todos los viernes y sábados veo a los jóvenes que se emborrachan en la plaza; luego gritan e insultan a los transeúntes. Hacen destrozos y corren como cobardes. ¡No, señor! Si vas a tomar, toma con dignidad. Si no, terminarás como uno de esos pobres borrachines que vemos en las calles de este pueblo; son tigres cuando gritan y pegan a sus mujeres e hijos, pero, en realidad, son unos maricones de mierda.

@@@@@

Cualquier cosa que implicaba aprovechar de una persona débil, molestaba a Jacinto Rojas sobre manera, y un incidente de esto llegó a su conocimiento un día cuando pasó a una mujer joven, que estaba llorando y sentada en una banca de la Plaza de Armas.

—¿Qué pasa? —le preguntó, a sentarse a su lado.

La chica le miró tímidamente y luego le dijo:

—Algo terrible me ha pasado en la UGEL.

—¿Quiere contármelo?

—Con toda franqueza, no; pero, tengo que hablar a alguien.

—No tenga miedo; yo sé guardar secretos. ¿Confía usted en mí?

—No sé, don Jasho. Se dicen tantas cosas de usted y no sé qué creer y qué no.

—Bueno, nunca me han acusado de no guardar un secreto y si le hace falta un hombro sobre que llorar, aquí lo tiene.

—Gracias. —La chica lo miró y sonrió ligeramente. Luego le preguntó—: ¿Sabe usted quién soy?

—Aquí en *Santa María*, todos nos conocemos. Usted es Esther Estela.

—Sí.

—Una profesora, si no me equivoco.
—Justamente. Estoy contratada en San Lorenzo.
—Está lejos.
—Así es. Está en la sierra y tengo que quedarme allí toda la semana, porque es imposible hacer el viaje de ida y vuelta cada día. Pero, tengo un problema. Mi madre sufre de una artritis aguda, y casi no puede hacer nada por sí misma. Por eso, no me gusta dejarla sola toda la semana.
—¿Entonces?
—Me fui a la UGEL para pedir un traslado a una escuela más cercana.
—¿Y?
—Ese animal, Bismark Bruño...
—¿El que lo llaman *Bismark el Bruto*? —interrumpió Jasho.
—Sí, él. ¿Sabe usted lo que me dijo?
—Señorita, en una semana cumplo años, y tengo la costumbre de invitar a mis amigos a una *fiesta de llaves*. Nunca había escuchado de eso, y le pregunté de qué se trataba. Cuando me lo explicó, estuve tan mortificada y molesta que barrí todo lo que estaba encima de su escritorio al suelo. Le grité que era un asqueroso y le escupí en la cara.
—Le felicito. He escuchado a muchos docentes quejarse de él, pero siempre me han dicho que está bien protegido. Creo que tiene un pariente que tiene un puesto alto en el Ministerio de Educación y otro que es un general, o algo por el estilo.
—Así es. Don Bismark está años en su puesto. Hace lo que quiere con nosotros. Saca plata a diestra y siniestra. Yo lo hubiera pagado algo, porque sé que no hay manera de conseguir un cambio, por más justo que sea, sin pagar. Pero hacer lo que me dijo, ¡ni hablar! Por más profesora pobre que sea, tengo mi dignidad.
—De acuerdo. ¿Y cómo ha terminado todo?
—Perdí sogas y cabra. Ya no tengo la menor idea que voy a hacer.
—No se preocupe usted. Yo voy a arreglar las cosas con el amigo *Bismark el Bruto*, y le prometo una plaza aquí en la ciudad.
—¿Cómo va a lograr eso? Yo no tengo plata, por si acaso.
—No soy el *Bruto*. No busco su dinero, ni tampoco ningún favor. Simplemente, me hace hervir la sangre que sanguijuelas como él pueden seguir, impunemente, aprovechándose de la necesidad de la gente, año tras año. ¿Cuántas veces habrá tratado a una profesora joven, como le ha tratado a usted? Pero, por miedo, o vergüenza, nadie dice nada.
—¿Usted va a hablar con el Director de Educación?
—No. Eso no serviría de nada, por la UGEL no es más que una mafia. Simplemente, le voy a convencer al *Bruto* que le dé una plaza aquí.
—¿Cómo? De nada serviría apelar a su sensibilidad humana, porque no la tiene. Más bien, el hombre tiene un corazón de piedra.
—Ya lo sé.
—Por favor, no la va a golpear.
—No se preocupe usted. No creo que será necesario usar más que una suave amenaza.

Efectivamente, ésa fue todo lo que hacía falta. El día siguiente, Jacinto Rojas entró en la UGEL como un tanque. Empujo al portero a un lado y marchó de frente a la oficina donde se atendía los casos de traslados, cambios y permutas. Como siempre, había una cola de profesores. Pidiendo las disculpas del caso, Jasho se fue de frente a la cabeza y entró en la oficina. Había varios escritorios con funcionarios detrás de ellos, tomando café, leyendo periódicos o conversando entre ellos. No había ningún profesor, o profesora, recibiendo atención. Uno de los funcionarios dijo con molestia:

—¿Qué está haciendo usted? No hay atención a esta hora, entonces, tenga la bondad de retirarse inmediatamente.

Don Jasho no le hizo caso y preguntó con calma:

—¿Cuál de ustedes es Bismark Bruño?

—Ya le he dicho que se retire. Es hora de nuestro lonche.

—Sabe usted dónde puede meter su lonche.

—¿Qué desea conmigo? —intervino Bruño.

Jasho volteó y se acercó al escritorio donde estaba Bismark Bruño. Se sentó de golpe en la silla que estaba delante del escritorio y dijo perentoriamente

—Escriba usted una orden para que la señorita Esther Estela tenga una plaza en la escuela primaria aquí en *Santa María*.

—No hay ninguna plaza vacante —balbuceó Bruño.

—Entonces, usted tiene que crear una ahorita, porque, caso contrario, habrá una vacancia en este escritorio.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Le daré tal paliza, que no será capaz ni sentarse, ni acostarse, ni caminar.

—Usted no me puede amenazar así.

—¿No? ¿Quiere usted que le muestre lo contrario?

Los otros funcionarios miraban petrificados. Ninguno dijo nada, mientras Jasho levantó sus pies sobre el escritorio de Bruño, sacó un cigarrillo de su casaca y lo prendió. Uno de los funcionarios tuvo el coraje de decir:

—Está prohibido fumar aquí.

Por toda respuesta, Jasho sopló un bocado de humo en su dirección y sonrió. Luego dijo a Bruño:

—Escriba usted la orden, rápido, antes de que me moleste.

La escribió y a alcanzarla a Jasho dijo:

—Aquí está, pero sepa usted que jamás olvidaré este atropello.

—Francamente, me importa un pito si lo recuerda o si la olvida. Muy buenos días.

Nadie impidió su salida de la oficina, con la orden en la mano y una sonrisa amplia en la cara. Al llegar a la puerta, sacó el cigarrillo de la boca y lo tiró al suelo, donde lo aplastó. No hubo ningún comentario. A fin de cuentas, a meterse a pelear con don Jasho era, seguramente, para perder.

@@@@@

Sí, pelear con Jacinto Rojas era perder a lo seguro; entonces, la policía se hacía de la vista gorda cuando hacía sus fechorías y armaba escándalos. Además, sabían que él respondería por cualquier daño causado, como lo había hecho en la casa de La Agucha. Varias veces tuvo que pagar por nuevos escaparates en las tiendas de la plaza y, una vez, por una moto, cuando robó la de Adrián Sánchez y la manejó a toda velocidad, hasta entrar en el cine en plena función. Hizo un salto espectacular desde la platea hacia el escenario y desapareció por el centro del ecran, que se hizo jirones. No sólo tuvo que comprar una moto nueva para Adrián, sino, hacer un reintegro a los clientes del cine por haber perdido la película y por los daños al ecran. Lo hizo con gusto y nadie se quejó; al fin y al cabo, el espectáculo ofrecido por don Jasho en la moto, fue mucho más llamativo que el de la película de mala muerte que se estaba presentando.

No cabía duda que, dentro de la vida somnolienta de *Santa María de las Dunas de Ninamasha*, Jacinto Rojas, era una estrella fulgurante que iluminaba, tanto los días monótonos, como las noches aburridas de los pobladores. Cuántas veces las conversaciones en las calles, las casas, las oficinas y las cantinas comenzaban con: “¿Y qué ha hecho el Jasho ahora?” Luego, los comentarios y las risas. Comentarios confusos y contradictorios; una mezcla de alabanza y condena, hasta que intervino la muerte.

—El Jasho murió en su ley, carajo. Borracho y generoso hasta el final.

—*Santa María* ya no será la misma sin él.

—Verdad; no se puede imaginar este pueblo sin Jasho Rojas.

@ @ @ @ @

Las banderas estaban a media asta. *La Voz de Santa María* dedicaba horas a tocar música fúnebre, proclamar las virtudes del difunto, don Jacinto Rojas, y permitir a la gente a hablar de sus recuerdos de él.

Había el problema del velorio. La choza, donde don Jasho vivía en el *Cerro Kon*, era totalmente inadecuada, y las casitas donde vivían sus esposas no ofrecían nada mejor. Hacía falta un lugar amplio, con bastante espacio para los dolientes y para preparar comida. Una delegación visitó al alcalde para preguntar si se podría usar la municipalidad, y esto lo incomodó bastante. Como cualquier otro morador de *Santa María*, el alcalde reconoció que Jacinto Rojas había sido alguien especial, pero no exactamente el tipo de persona a quien la municipalidad debería rendir honores públicamente. Entonces vaciló:

—Si de mí solo dependería la decisión, les diría sí, al toque. Pero ustedes saben cómo son las cosas. No todos los regidores pertenecen a mi partido y los de la oposición tomarán cualquier oportunidad para atacarme. Desgraciadamente, no tengo otra opción que aquella de llamar una reunión del Concejo para decidir sí o no.

—¿Cuán pronto puede usted hacer eso, señor alcalde?

—Mañana, a lo más temprano.

—Pero el velorio tiene que comenzar ya. Como usted sabe, señor alcalde, el cadáver está en la morgue, porque el jefe de salud insistió en que, para cumplir con la Ley, se tenía que llevar a cabo una autopsia.

—Todo el mundo sabía que Jasho murió por asfixia en el incendio.

—Por supuesto que sí. Pero, según el doctor, la Ley es la Ley, y se tenía que estar cien por ciento cierto de que Jasho murió asfixiado y no por cáncer, o una pulmonía.

—¡Eso es absurdo!

—Sí, señor alcalde. Y ¿no es absurdo que no se puede usar la municipalidad para el velorio?

—Eso es diferente.

Y con eso, la delegación tenía que darse por satisfecha. Se retiró a un bar cercano para conversar sobre otras posibilidades.

—¿Qué les parece la casa de La Agucha?

—Seguramente, ella estaría feliz; pero habría bastante oposición en el pueblo. No se puede realizar un velorio en un chongo.

—La escuela tiene un auditorio grande y un patio.

—Tendremos el mismo problema que hemos tenido con la municipalidad. El director tendría que reunir toda la plana docente y a los auxiliares, para tener su aprobación. Caso contrario, alguien causaría problemas.

—¿Qué tal el cinema?

—¡Buena idea! Vamos a conversar con Mario Merino.

Don Mario estuvo de acuerdo, con tal que la delegación buscaría gente para limpiar el cinema después del velorio.

—Ustedes saben cómo son los santamarianos. Dejarán platos y vasos descartables por todos lados; más papeles, bolsas de plástico, palitos y Dios sabe qué más.

—No te preocupes, Mario. Nos responsabilizamos para la limpieza del cine, después del velorio.

Así fue, que el velorio se llevó a cabo en el cinema. El ataúd, colocado en el centro del escenario, con los adornos, telas y lámparas, prestados por la agencia funeraria, sin cobro, hacía un espectáculo impresionante. Todas las butacas estaban ocupadas por mujeres y niños, como si un show, con artistas famosos, iba a presentarse. Varias damas piadosas dirigían el rezo del santo rosario, y se interrumpían las oraciones, de cuando en cuando, para servir comida y bebida. Casi todo el tiempo hubo un murmullo bajo de chismes y anécdotas; mientras, afuera, en la plaza, había bancas traídas de las casas vecinas para los hombres, y el murmullo, entre el humo de los cigarrillos, era más fuerte. Al fin y al cabo, había una plétora de anécdotas de anécdotas y chistes para contar. Así se hizo realidad que, en el Perú, la muerte es parte de la vida; las lágrimas se acribillan con las risas, y las risas con las lágrimas. Las mujeres ofrecían un falange piadoso, mientras los hombres presentaban otro, mundano. Los niños corrían por todos lados y los perros hacían su agosto

con los desperdicios de la comida. Hubo suficiente comida y repertorio de recuerdos de don Jasho, para que el velorio durara dos días. Cualquier tiempo más corta, hubiera sido una falta de respeto al difunto.

Todo el mundo quiso tomar parte en uno de los espectáculos más grandes jamás visto en *Santa María*. Fue mejor aún que la fiesta anual en honor de Nuestra Señora del Carmen, la patrona de la ciudad. La maquinaria de la radio, esencial para transmitir, fue llevada al mezanine del cine y allí, Orlando Flores y Andy Huamán trabajaban, hora tras hora, emitiendo todos los mensajes de condolencia, los panegíricos, y la inevitable propaganda comercial, que se infiltraba entre los sentimientos respetuosos y piadosos. La llegada de cada ofrenda floral era motivo de un breve comentario de parte de Andy, más una mención de quién, o quiénes, eran los oferentes:

—Una corona magnífica de las rosa más exquisitas, que nos hacen recordar el perfume de los consejos sabios de nuestro querido don Jasho, dada por Marcelino Abanto y su dignísima señora. Recuerden, que en caso de cualquier enfermedad, encontrarás las mejores medicinas, a los precios más favorables, en la Farmacia Abanto.

En seguida, Orlando colocó un disco con la Ave María de Schubert.

La ofrenda floral mandada por La Agucha y sus chicas, era una de las más grandes y estaba en forma de una guitarra, como tributo de las tantas noches que Jacinto Rojas había entretenido la compañía con su voz barítono. Andy Huamán alabó esta ofrenda, creada de una variedad de flores, y dio un profundo agradecimiento a la señora Agustina Sáenz y sus empleadas, por su generosidad y simbólica donativo. Luego susurró a Orlando:

—Gracias a Dios, que no me ha pedido que haga propaganda para su negocio, porque me sentiría recontra huevón, haciéndola aquí.

Orlando se rió y puso de nuevo la Ave María de Schubert.

Así siguió el velorio, con cada detalle emitido por radio. Las personalidades y las autoridades de *Santa María* fueron entrevistadas, y fue el capitán de la policía que hizo la mejor contribución, cuando dijo:

—Sea lo que fuera, lo que la gente diga sobre las virtudes y los vicios del señor Jacinto Rojas, él ha logrado lo que nadie más ha podido lograr en esta ciudad: la unión de todos. Estoy seguro de que aquí haya personas que han expresado su fuerte desaprobación de muchos aspectos de la conducta de Jacinto Rojas; sin embargo, han venido, como todos los demás ciudadanos, para manifestar sus respetos por un hombre que ha dejado una gran herencia, una herencia que se puede resumir en una sola palabra, *solidaridad*. La gloriosa humanidad de este hombre, siempre estaba presente por dondequiera se iba, sea para ayudar a alguien, sea para retar lo que él veía como una injusticia o un maltrato. Para alguien como el que habla, que no nació en *Santa María*, ha sido un gran privilegio conocer a Jacinto Rojas y, aún más, de haber tomado unas cervezas con él.

Estas palabras fueron recibidas con aplausos y vítores; y luego con el *Ave María* de Schubert.

Eventualmente, llegó el momento cuando se tenía que llevar el ataúd desde el cine, por la plaza, hasta la iglesia, para la Misa de Exequias. El espacio entero entre el cine y el templo estaba lleno de gente, y el ataúd fue pasado sobre las cabezas de la multitud. Por supuesto, después de que la última persona había salido del cine, Mario Merino tuvo que limpiar el edificio solo.

@@@@@

El entierro fue apoteósico. Todo el pueblo acudió como si fuera el día central de la fiesta. Probablemente fue la primera vez que el mismo Jasho estuvo durante toda la celebración de una Misa. Para el bautismo de cada uno de sus hijos, había estado limpio, sano, respetuoso; pero si había Misa, nunca se quedaba hasta el final. Algunas de las damas piadosas del pueblo que solían frecuentar el templo, aseguraban que lo habían visto en más de una ocasión, aparentemente absorto en oración, en la oscuridad de la noche.

—Un tipo de lo más complejo —musitó el Padre Julián, mientras miraba a la masa de gente que venía llenando el templo para la Misa de exequias. Había caras que el párroco jamás había visto en esta casa de oración, ni siquiera en un Viernes Santo. ¿Quiénes eran esas chicas pálidas con faldas tan cortas? ¿Quiénes eran esos tipos fornidos que tenían barrigas como barriles? Y ahí, en el centro de todo, el féretro de primera, pagado por suscripción voluntaria; cirios, flores y coronas a montones, más un grupo de mujeres vestidas de luto rígido.

—Sus esposas, Padre —sopló el sacristán con una mirada lasciva.

Un grupo de niños, tristes y desorientados, cada uno con un manojito de flores en las manos, estaba parado a lado del ataúd.

—Sus chibolos —ofreció el sacristán, de nuevo.

El sacerdote le dio una mirada glacial y volteó su vista, de nuevo, a la muchedumbre en la iglesia. Ya estaba tan llena de gente, que el único espacio que quedaba libre era aquel donde estaba el altar, y todavía más gente intentaba ingresar. El calor era sofocante y el murmullo de voces subía y bajaba, como el sonido de un enjambre de abejas: intenso, pero no molesto.

El sacerdote se sentía nervioso y temía que esta Misa de Exequias resultara ser, no sólo desordenada, sino, una burla o una ofensa a Dios. ¿Cómo se portaría toda esta gente tan poco acostumbrada a participar en la liturgia de la Iglesia? ¿Se reiría en un momento solemne? ¿Haría mofa? Además, estaban dando cristiana sepultura a un hombre que había violado, con gusto, los mandamientos; el sexto y el noveno, casi a diario. Viendo la

cara de preocupación que tenía el sacerdote, una viejita que jamás faltaba a la Misa diaria, se acercó y le susurró:

—No se preocupe, Padre. Don Jasho amaba a Dios a su manera, y también al prójimo. En eso cumplió con lo que el Señor Jesús nos manda. Apuesto que no hay nadie aquí que tenga una palabra que decir en su contra; ni siquiera los maridos a quienes ha puesto los cuernos.

—¡Señorita Guadalupe, hágame usted el favor de guardar silencio!

—Lo justo es lo justo, Padre. Cuando Jasho Rojas se encuentre ante el trono de la Justicia Divina, por lo menos Dios no le va a decir: “No eras ni frío ni caliente, por eso te vomito de mi boca.” Don Jasho era caliente, calentísimo, en todo lo que hacía. El hombre ardía de pasión.

—Y probablemente esté ardiendo ahora en las llamas purificadoras del purgatorio —contestó el sacerdote secamente.

—Acuérdese usted, Padre, lo que dijo el Señor Jesús: “No hay amor más grande, que dar la vida por el prójimo”. Jacinto Rojas dio la vida por ese joven desconocido y estoy seguro que ya debe estar con los ángeles.

El sacerdote no podía imaginar a Jacinto Rojas tocando un arpa entre los miembros de los coros angelicales. No era, para él, el tradicional cielo cristiano, con sus dulces himnos de alabanza; más bien, el paraíso musulmán con una plétora de huríes, le convendría mejor, o un divino concierto de rock y una especie de cantina celestial.

El padre Julián entró en la sacristía para vestirse para la Misa. Allí había un manajo de monaguillos, ninguno de los cuales quería perder el entierro más espectacular jamás visto en *Santa María*. Uno de ellos giraba el incensario con ganas, creando una densa nube perfumada, mientras los demás susurraban entre ellos; con mataperradas en los ojos.

—¡Cállense, todos!

—Sí, padrecito —vino la respuesta en coro.

—Ahora, tengan cuidado. Si alguien no se porta bien durante la Misa, pagará duro, después. ¿Entendido?

—Sí, padrecito —vino el coro otra vez.

—Bien. Toca la campana, Julio, y vamos.

@@@@@

Al final de la celebración, el Padre Julián soltó un suspiro de alivio en la sacristía. Todo se había llevado a cabo con el máximo decoro y respeto. No hubo ningún desorden; nadie se había reído. Cualquiera pensaría que se estaba enterrando a una gran autoridad o a un ciudadano notable de total solvencia moral. La primera lectura había sido leída por La Agucha, con más dignidad y claridad que los lectores oficiales de la parroquia acostumbraban lograr. Las respuestas habían sido coreadas con ganas de parte de casi todos los presentes, haciendo que la celebración fuera vibrante, en vez del murmullo masticado que, frecuentemente, el sacerdote tenía que aguantar, y que le

impulsaba a decir: *“Aquí, en Santa María, hay dos tipos de Misa: Misa de Difuntos y Misa con Difuntos.”*

Su propia homilía concentraba en el concepto cristiano de la vida y de la muerte, y, así, evitó caer en la trampa de dar un elogio de la vida del difunto o una condenación indignante de sus vicios.

Terminada la Misa, conforme salía la gente, el sacerdote la siguió hasta quedarse parado en las gradas que subían desde la plaza. Se paró para observar la densa procesión, caminar lentamente hacia el cementerio. A la cabeza, iba el grupo de niños con sus flores. Luego seguían unos cincuenta adultos, portando las ofrendas florales presentadas por las distintas instituciones de la ciudad, las tiendas y los ciudadanos particulares. Algunas de estas ofrendas eran tan grandes, que hacían falta dos hombres para llevarlas. Detrás de este grupo, caminaba una falange de los obreros del mercado, llevando, con mucho orgullo, la banderola de su sindicato. Luego, venía el ataúd, con los hombres y jóvenes casi peleando entre ellos para el privilegio de llevarlo en hombros; mientras las chicas de la casa de La Aguicha y las esposas alternaban para llevar las cintas negras amaradas a las asas. Inmediatamente detrás del ataúd, andaba la Banda Municipal, que tocaba, vez tras vez, *“Señor de los Milagros”*, siendo esta pieza el total de su repertorio religioso. Después de la banda, caminaba la gran masa de los dolientes: algunos portando velas y rezando el rosario, mientras la mayoría simplemente conversaba. Cuando pasaban la escuela primaria, todos los niños estaban presentes, con sus maestros y maestras, añadiendo así un elemento importante a la impresión general del entierro de un gran personaje. Una de las maestras pidió que la procesión fúnebre pare por un momento, para que un grupo de niños recitara un poema alusivo a la ocasión. Lo hicieron con tanto esmero, que el alcalde pidió que se repitiera. Luego el cortejo siguió su ruta hacia el cementerio.

Aunque los rayos del sol quemaban y el calor era casi insoportable, la tradición requería que haya varios discursos delante del nicho donde se colocaría los restos de Jacinto Rojas.

El primero fue dado por el profesor Felipe Chero, que, una vez más, hizo alusión a aquella figura rusa, extraña y enigmática, el monje Rasputín:

—Como él, Jasho Rojas fue un hombre que bebía hondamente de los placeres mundanos y, a la vez, era un hombre de Dios, poseedor de poderes especiales para curar. Sin embargo, en contraste a Rasputín, Jasho jamás hizo alarde o abuso de sus poderes. Nunca cedió a las tentaciones ofrecidas por los partidos políticos y sólo amenazaba usar su gran fuerza física contra alguien, cuando sentía que aquella persona era abusiva.

El próximo discurso fue ofrecido por el presidente del sindicato de los obreros del mercado, e hizo hincapié en el heroísmo de la muerte de don Jasho:

—Algunas personas están diciendo que Jasho Rojas entró en el fuego, simplemente, porque estaba borracho y no sabía lo que estaba haciendo. Sí, es verdad que estaba borracho cuando se metió entre las llamas para rescatar a la criatura. Pero, cuando volvió, con la intención de rescatar al joven, estaba tan sano y cuerdo como cualquiera de nosotros en este momento. Jasho entró en aquel infierno, plenamente consciente de los que estaba haciendo. Si los muchos servicios y actos generosos de caridad, que Jasho realizó durante su vida, han sido una lección para nosotros, su muerte ha sido una lección mucho más grande. Jasho dio todo por un joven desconocido y a quien se enterró calladamente, ayer. La policía, la televisión, la radio y la prensa local, han hecho todo lo posible para descubrir quién era aquel joven; y no han tenido éxito. Pero, gracias a él, Jacinto Rojas nos ha dejado un ejemplo que ninguno de nosotros olvidará.

Enseguida, vino ola tras ola de aplausos.

El último discurso fue dado por La Agucha:

—Que Jacinto Rojas haya tenido sus errores, nadie lo puede negar, como él mismo nunca los negaba. Para mí, su gran virtud es que vivía sin hipocresías. No vivía, como muchos de nosotros, pretendiendo ser lo que no somos. Él vivía tal y conforme era. Decía las cosas con franqueza y sabía siempre ayudar al prójimo. ¡Cuántos de nosotros, aquí presentes, hemos sido favorecidos por sus bondades! Si fuéramos más como don Jasho, y menos como nosotros mismos, nuestra tierra sería como el cielo.

Las lágrimas corrían en la cara de casi toda la gente cuando alguien gritó:

—¡Don Jasho!

—¡Presente! —coreó el público.

Esto se repitió un par de veces.

Esa noche, la casa de La Agucha permaneció con las puertas cerradas por respeto al cliente favorito, y la conversación en los bares y las cantinas, se conducía en voz baja.

@@@@@

Al día siguiente, después de la Misa de la mañana, el Padre Julián comentó a la señorita Lupe:

—Gracias a Dios que ayer todo pasó sin ningún problema.

—Como yo le dije, padrecito. El difunto Jasho Rojas era un hombre demasiado grande para que su entierro sea otra cosa que una ocasión bien orquestada.

—Aún si él fuera el gran hombre que usted piensa, yo tenía bastante motivo para estar nervioso con respecto a la conducta de toda esa gente que llenó la iglesia para la Misa. Sin embargo, curiosamente, era mucho más respetuosa y reverente que tantas personas que se presentan para los matrimonios elegantes.

—¿Por qué *curioso*, padrecito? ¿Piensa usted que, simplemente, porque alguna gente se decora con ropa fastuosa que está más cerca de Dios que las personas que rodeaban a don Jasho?

El sacerdote hizo un ademán de irritación y luego dijo:

—Bueno, sea lo fuera lo que usted piense, el capítulo *Jasho Rojas* de la vida en *Santa María*, ya se ha cerrado. Espero que no escucháramos mucho más de él. Probablemente, se lo recordarán por uno o dos meses, y, luego, se lo olvidarán.

—¿Usted lo cree?

—Ha fallecido, ¿sí o no? ¿O me va a decir, para colmo de males, que va a resucitar?

—A su manera, sí.

—¡Qué! No sea usted blasfema, señorita. Usted viene a Misa todos los días, ¡cómo es posible que me hable así! Lo que usted acaba de decir es una falta de respeto a Dios, a la Iglesia y a mi persona.

—Padre, yo no quiero faltarle el respeto a nadie. Sólo quiero advertirle que, probablemente, aún no se ha escuchado lo último de Jasho Rojas.

@ @ @ @ @

Dicho y hecho. No pasó siquiera un mes antes de que ocurriera el milagro.

—¡Qué milagro ni milagro! —gritó el Padre Julián cuando vino corriendo Leticia Manosalva para contarle sobre lo sucedido.

—Padrecito, le juro que ha sido milagro. Mi hijo ya se moría. Lo llevé al hospital y lo desahuciaron a mi cholito. Es el único que tengo y le pedí a gritos a Jacinto para que lo curara. Y vea usted, mi hijo ya está sano y bueno. ¡Gracias a Dios, por este milagro de ‘San Jasho’!

—Mujer, ese hombre era un mal cristiano. Cometió todos los pecados habidos y por haber. ¡Y ahora usted me viene diciendo que es un santo y que hace milagros! ¡Hágame el favor! —Y mandó a la pobre Leticia, adonde un sacerdote no debe mandar a nadie. Además, le ordenó que rece diez Padrenuestros y diez Avemarías, por haber faltado el respeto a la religión.

Pero de nada le sirvió al sacerdote manifestar su indignación, porque el muy condenado de Jasho Rojas, siguió haciendo milagros. Por supuesto que nadie había olvidado las fechorías cometidas por Jacinto durante su vida, pero el recuerdo las hizo crecer en tal forma, que sus borracheras parecían haber sido eventos épicos, como los de un Hércules luchando contra las fuerzas del mal. Sus fornicaciones se convirtieron en algo mitológico, como los raptos y las violaciones de los dioses griegos. Y, por supuesto, su muerte rivalizaba con todas las hazañas de los mártires cristianos, a manos de Nerón, en el circo romano.

—¡Ahora, llaman ‘santo’ al desgraciado! ¡Válgame, Dios de los cielos, cuán estúpida puede ser la gente de este pueblo! Yo no estoy en contra de la devoción popular, pero aquí no se trata de una Sarita Colonia o de una Beatita

de Humay. Más bien, se trata de un tipo que era capaz de secar la bodega de una cantina cuando se ponía a tomar y a tirarse a no sé cuántas chicas en una sola noche.

—Padre, se trata de alguien que curaba a la gente casi gratis, y que nunca hizo daño a nadie en toda su vida...

—¿Y sus hijos ilegítimos a diestra y siniestra?

—Gozaban de más cariño y amor que muchísimos hijos legítimos. Don Jasho nunca los maltrataba. Todo lo contrario; era un padre muy amoroso, que sabía ganar el amor y el respeto de todos sus hijos. En contraste a la mayoría de los padres aquí, Jasho siempre asistía a las reuniones de padres de familia organizadas por los profesores de sus hijos. Tomaba un interés profundo en su educación. Padrecito, usted sabe, igual que yo, que la mayoría de las personas que asisten a las reuniones de padres de familia para ver el progreso de sus hijos, no son los varones, sino las madres, o las abuelas.

—Muy bien puede ser —admitió el sacerdote, de mala gana—. Pero, el hecho de que asistía a algunas reuniones en los centros educativos de sus hijos, no quiere decir que don Jasho era un santo. Simplemente, estaba haciendo lo que cualquier padre normal debe hacer.

—Y que la mayoría no lo hace.

—Eso tampoco quiere decir que era un santo —gruñó el sacerdote—, especialmente, como no tenía reparo en insultar a los profesores.

—Jasho jamás insultó a nadie gratuitamente —contestó la señorita Lupe—. Por supuesto, era muy capaz de llamarles la atención a los profesores, o a cualquier persona en autoridad, si mostraba deficiencias. Pero eso no es lo mismo que insultar a la gente.

—¡Tenía la boca más sucia que he conocido, mujer! Yo lo he escuchado gritar ajos y cebollas contra las autoridades, mentándoles la madre y faltándoles el respeto. El juez, Fernando Velezmoro, me ha dicho que don Jasho no sólo lo insultó verbalmente, sino que lo maltrató físicamente, y esto delante de un grupo de ciudadanos notables y respetables.

—Sí, lo había escuchado. ¿Usted sabe dónde ocurrió este incidente? El sacerdote no respondió.

—¡Vamos, padrecito! Usted sabe, igual que yo, que ocurrió en la casa de La Agucha, porque al día siguiente, todo el mundo lo sabía. Entonces, creo que los ciudadanos notables no eran tan respetables que digamos.

—De repente —contestó el sacerdote, secamente.

—¿Y no se lo merecía el juez? Vamos, padre, ¿cuántas veces se ha quejado usted de las coimas y de las injusticias de nuestras autoridades? Pero, usted, me lo dice a mí, que no puedo hacer nada. Usted no se enfrenta con las personas que cometen las injusticias, tiene miedo.

—Señorita, no es una cuestión de miedo, sino de prudencia. Si yo me pongo a pelear con todas las autoridades, me aislarán. Son capaces de quejarse al obispo y él me sacaría de la parroquia por ser un elemento conflictivo.

—A Jasho Rojas no le importaba nada que lo consideraran un “*elemento conflictivo*”, como lo llama usted. Más bien, las autoridades le tenían miedo porque sabían que lo que decía era verdad. No venía con calumnias, ni dimes y diretes, sino, con verdades. Como usted sabe, mucho mejor que yo, Nuestro

Señor dijo que la verdad nos hace libres, y creo que, en el caso de Jasho Rojas, eso se veía. Era un hombre totalmente libre, que sabía decir las cosas con fuerza. En eso, era como Cristo mismo, hablaba con autoridad.

—Señorita Lupe, ¿cómo puede usted comprar a don Jasho con Nuestro Señor Jesucristo? Cuando usted dice que él hablaba con fuerza, lo que quiere decir es que hablaba en forma bien grosera.

—Grosera si usted quiere, Padre, porque las cosas criticadas por Jasho, siempre eran las groserías cometidas por las autoridades.

—¿Y piensa usted que el párroco puede lanzar improperios contra ellas?

—No sería nada malo. Nuestro Señor agarró un látigo y sacó a los mercaderes del templo por la fuerza. Jasho Rojas, era de esa laya. Él no tenía reparo de gritar en sus narices, y hasta orinar en la puerta de la municipalidad, mientras les echaba en cara los abusos cometidos.

—¿Eso es lo que hace un santo? ¿Orina un santo en plena plaza, como un acto de protesta? Sólo la gente completamente inculta y estúpida puede decir que un tipo así, es un santo.

—A veces, me pregunto cómo es realmente un santo. Dicen que es difícil vivir con uno, y cuando miro las imágenes de los santos en el templo, las veo con la cara triste. Jasho fue todo menos que triste. Hervía con vida y Nuestro Señor mismo dijo que él había venido para que tengamos vida, y que la tengamos en abundancia. No estoy tan segura que la Iglesia siempre propague la vida en toda su plenitud y su riqueza.

—Entonces, ¿qué quiere que haga; predicar que la borrachera y la fornicación son el camino al cielo?

—Por supuesto que no. Pero, usted podría animarnos a ser más honestos; a ser más listos para afrontar las injusticias e irradiar el gozo. Cuando uno observa a la gente saliendo de Misa, muchas veces se ve triste. Jasho fue diferente. Nadie podía estar triste en su presencia, durante mucho tiempo.

—Tenía un fondo inacabable de chistes obscenos. Entonces, la gente que se mataba de risa a sus chistes, simplemente ayudaba a diseminar su porquería. ¡No puedes llamar eso, gozo cristiano!

—También, Jasho conocía ese gozo, padre. Cuando mi anciana madre estaba en el lecho de dolor, pedí a Jasho que le visitara...

—¡Una mujer respetable, como usted, lo invitó a entrar en su casa! — espetó el sacerdote.

—Sí, padre.

—Debería haber estado loca. ¿No pensaba usted en lo que podía decir los vecinos?

—No, padre, no lo hice. Ése es el problema de tantas personas; siempre están preocupadas por lo que dirán otros y sobre las apariencias.

—¿Y, se presentó mal vestido, sucio, oleando a trago, como de costumbre?

—No hubiera podido estar más elegante. Toda su ropa estaba recién lavada, y él mismo, afeitado y duchado. Lo veo ahora, parado en la puerta, con una gran sonrisa en la cara, diciéndome: *“Aquí estoy, señorita, oleado y sacramentado, listo para atender a su viejita”*. Lo llevé adonde mi madre estaba en cama, con muchos dolores, y dentro de minutos, los dos se mataban

de risa. ¡Qué hombre tan maravilloso! Ayudó a mi madre morir con una sonrisa en la cara, y siempre lo agradeceré por eso.

—Bueno, sigo insistiendo, que sólo una tira de gente estúpida lo llamaría un santo.

@ @ @ @ @

Estúpida o no, pronto los pobladores de *Santa María* de las Dunas de Ninamasha descubrieron que, tener un santo propio, era un gran beneficio. Fue Lupita, la misma que comenzó a frecuentar el cementerio con paquetes de velas, para vender a las personas que llegaban a rezar ante el nicho de Jacinto Rojas. Luego, Leticia Manosalva apareció, un buen día, con algunos manojos de flores para la venta. Así, en pocos meses, creció una pequeña industria centrada en la devoción a *San Jacinto*. No faltó alguien a quien se le ocurrió imprimir estampitas para promover las visitas y, una vez que comenzaron a llegar los peregrinos de otros sitios, aumentó el transporte al pueblo. A la entrada del cementerio, se armaron toldos y se instalaron puestos de comida. Hasta un par de hotelitos abrieron sus puertas para dar cabida a los enfermos que llegaban de lejos y querían pasar unos cuantos días en *Santa María*.

Las autoridades no demoraron en sacar ventaja de lo que estaba sucediendo. La municipalidad decidió cobrar una sisa a los vendedores de comida, estampitas, detentes y velas. La Beneficencia Pública, so pretexto de tener que pagar a un hombre más para la limpieza del cementerio, impuso el pago de una pequeña tarifa para cada persona que quería acercarse al nicho donde estaban enterrados los restos de Jacinto Rojas.

No sólo el cementerio, sino, también, la choza miserable donde había vivido Jacinto, en el *Cerro Kon*, se convirtió en un centro de peregrinación; y no faltaron algunas de las mujeres, con quienes el *santo* había convivido, para hacerse cargo y regalar a los visitantes, previo pago, con las anécdotas de *San Jasho*; anécdotas que no perdían nada por la constante repetición, más bien, crecían. Como es de imaginar, pronto surgió un conflicto fuerte en este grupo de *esposas* y, un día, ocurrió una pelea digna del difunto: golpes, lapsos, arañazos, jalones de pelo, una gramputeada e insultos a granel, ofrecieron a los peregrinos del momento, un espectáculo increíble. Al final, quedaron dos como sobrevivientes, más que vencedoras, en el campo de batalla: las hermanas Ambrosia y Petunia Ramos. A partir de ese entonces, fueron ellas, las dueñas y señoras del lugar.

Empeñosas, lograron levantar una pequeña capilla al costado de la choza, donde ahora vivían, y la formación de una hermandad.

La persona más destacada en ella fue Pablo Machuca, chiclayano y transportista. Tenía una flota de ómnibus, algunos de los cuales hacían servicio entre Chiclayo y *Santa María*. Ahora, había más demanda cada día,

gracias a la popularidad de *San Jasho*. Entonces, don Pablo tenía bastante interés en hacer todo lo posible para promover la fama del santuario. Además, se encontraba muy a gusto en la pequeña ciudad y se había casado con una chica de allí.

Cuando había pasado unos dieciocho meses desde la muerte de Jacinto Rojas, los miembros de la Hermandad decidieron trasladar los restos mortales del *santo* desde el cementerio a un elegante sepulcro en la capilla; sepulcro que había mandado construir una dama acaudalada, en acción de gracias por la curación de su hijo de la drogadicción.

—Recé y recé a Jasho Rojas, que conocía bien la vida de los bajos fondos, para sacar a mi hijo de la adicción a las drogas.

—¿Y tuvo éxito? —preguntó una amiga.

—Sí.

—¡Qué suerte!

—Sí. Felipe había sido un hijo maravilloso y un estudiante excelente. Estaba en primer puesto en su promoción universitaria. Luego se cayó en la drogadicción y mi mundo se vino abajo. Varias veces lo interné en una clínica, y el chico estaría bien por unos meses; luego, volvería a drogarse. Entonces, yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para curarlo. Fue en ese entonces, que alguien me habló de los milagros de Jasho Rojas. No creí, por supuesto. ¿Quién va a pensar que un hombre de vida tan desordenada como él podría obrar un milagro?

—¿Pero, rezaste?

—En mi desesperación lo hice; y prometí hacer cualquier cosa que Jasho me pidiera.

—Por eso, ¿vas a construir una tumba especial, como decir *gracias*?

—Sí. Después de la curación de Felipe, tuve un sueño. Vi a Jacinto Rojas sentado sobre una roca en el desierto, y me dijo: “*Amelia, quiero regresar a mi chocita. Allí puedo hacer más milagros que desde este nicho frío y triste.*”

Entonces, una tumba espléndida de mármol fue construida en la capilla, y la benefactora, Amelia Santillán, insistía, a tiempo y destiempo, a la Hermandad, para que se trasladaran los restos mortales del *santo*.

—No podemos perder la oportunidad —insistía Pablo Machuca—. Si queremos promover la devoción a *San Jasho*, debemos trasladar sus restos a la capilla. No nos conviene que se quede en un nicho en el cementerio. No hay sitio allí para ninguna clase de ceremonia, y la Beneficencia no hace nada para abrir un espacio decente. Más bien, parece que goza en cobrar más y más para menos servicios. Entonces, vamos a sacar el ataúd y trasladarlo a la capilla que tenemos en el *Cerro Kon*.

De nada sirvieron las protestas del cura y, aún menos, las del jefe de salud.

—Está estrictamente prohibido enterrar un cadáver, fuera del cementerio —refunfuñó el funcionario público—. La hermandad que está organizando esto, ni siquiera ha mandado una solicitud.

—¿Para qué mierda mandar una solicitud, cuando sabemos que la van a rechazar? —espetó Pablo Machuca, presidente de la hermandad—. Hagámoslo nomás, carajo.

El jefe de salud, pidió a la policía que impidiera el traslado.

—Lo haría con todo gusto, doctor —le contestó el capitán—, pero, en la práctica, esto quiere decir que tengo que resguardar el nicho mañana, tarde y noche; todos los días, hasta no sé cuando.

—Se puede meter en el calabozo a cualquier persona que intente abrir el nicho y sacar los restos.

—Yo tengo seis calabozos, doctor, y hay casi cuatro mil habitantes aquí, en *Santa María*. Ni modo.

—¡Carajo! ¿No hay respeto por la autoridad?

—Así es, mi querido doctor.

Entonces, la gente salió con su gusto. Tuvieron que romper la reja de entrada al cementerio, porque el jefe de salud logró convencer al presidente de la Beneficencia que sería un accesorio del crimen si no tomaba precauciones para impedir el traslado del cadáver de Jacinto Rojas.

—¿Y quién va a pagar por la reparación de la reja? —preguntó el presidente.

—Tiene que ser la Hermandad.

—¡No vamos a pagar nada! —anunció Pablo Machuca enfáticamente.

Los restos de Jasho Rojas fueron trasladados solemnemente, con la banda municipal tocando, esta vez, "*La Marcha Fúnebre de Saúl*", aprendida especialmente para la ocasión, a órdenes del alcalde, que quería la reelección.

Justamente, a los pocos meses, llegaron las elecciones municipales y un candidato propuso, como parte de su campaña, que se cambiara el nombre del pueblo para que se llame oficialmente *San Jacinto de las Dunas de Ninamasha*. Los otros candidatos se pusieron furiosos y protestaron:

—¡Es aprovecharse de la fe sencilla de la gente!

—¡Es mezclar la religión con la política!

—¡Es inmoral!

Y era inmoral, porque no se les había ocurrido a los candidatos que se quejaban.

@@@@@

El candidato que propuso el cambio de nombre, ganó por una mayoría abrumadora. Curiosamente, por un político, él intentó cumplir con lo que había prometido, pero pronto descubrió que el trámite al respecto, no iba a ser nada fácil y después de unos viajes en vano a la capital, con un gasto desmesurado en hoteles y papeles, desistió. Sin embargo, a la gente no le interesaba mucho lo que decían, o no decían, los funcionarios gubernamentales en Lima y, poco a poco, en la práctica, *Santa María* fue cambiada por *San Jacinto*.

— ¡*San Jasho!* ¡*San Jasho!* —gritaban los chulis de los servicios de micros y combis que salían desde Chiclayo y Piura, rumbo a *San Jacinto*.

Apareció una fabriquita de *Velas San Jacinto*. La panadería principal tomó el mismo nombre, también los restaurantes, los hoteles y hasta un tragamonedas en la Plaza de Armas: *Panadería San Jacinto*, *Picantería San Jacinto*, *Hotel San Jacinto*, *Hospedaje San Jacinto*...

— ¡Carajo, *San Jacinto* está en la mismísima sopa! —gritó uno de los pocos opositores a todo este movimiento.

— ¿Y...? Gracias a *San Jasho*, tenemos sopa —contestó el vendedor de *Helados San Jacinto*—. Si no fuera por los que vienen a rezar al santito, yo no vendería mis helados como lo hago ahora. Te lo digo, compadre, *San Jasho*, es como una mina de oro para nosotros. Ya he comprado mi equipo y vivo mucho mejor que antes.

La casa de La Agucha vino a lucir un gran letrero *Posada San Jacinto*, acompañado con un retrato del 'santo'.

— Tiene más facha de cliente de la casa —comentó el abogado Medardo Quispe, al entrar—.

Hasta el equipo de fútbol local tomó el nombre *Los San Jacinto Sport Boys*.

— Para seguir los pasos de Jacinto Rojas en sus borracheras y su caza de mujeres, los futbolistas son tromes —murmuró una de las beatas de la parroquia—, pero no veo a ninguno de ellos salvando a nadie de un incendio.

No pasaron ni tres semanas, cuando se incendió una choza del pueblo joven "28 de abril", y fue el arquero, Lucho Noriega, quien se destacó al sacar a una criatura de entre las llamas. Lucho sufrió quemaduras, pero pronto se recuperó y tuvo que aguantar las bromas del equipo:

— Huevonazo, ¿por qué no moriste? Ya tendríamos a dos santos en este pueblo y tú nos podrías hacer el milagro de ganar cada partido. Tendríamos cajas de chelas para una tranca de primera los fines de semana.

— ¡Cállense, carajo! —vociferó el arquero.

Ya ni siquiera se hablaba del *Cerro Kon*, sino lo llamaban *Cerro San Jasho* y todos los días subía la gente a la capilla con sus ofrendas. Nadie se

Comentado [O1]: n Sta María de Ninamasha, verdad? No en Chiclayo o Piura...

presentaba ante la tumba del *santo*, con las manos vacías; y nadie regresaba a su casa, sin un poco más de esperanza y ganas de seguir luchando para sobrevivir.

El que mejor entendía lo que estaba pasando era Medardo Quispe, porque veía cómo la gente pobre venía todos los días a su estudio para suplicar que les oriente o les saque de un apuro. ¡Cuántas veces había escuchado la misma cantaleta!

—Doctorcito, por favor, ayúdeme a sacar a mi hijo de la cárcel.

—Doctorcito, nunca he estado metido en líos con la Ley. No entiendo nada, ayúdeme, por favor.

—Doctorcito, no sé cuales son mis derechos.

—Doctorcito... doctorcito.

—La pobre gente tiene que creer en alguien, y me parece que les hace falta un par de milagros al día para sobrevivir. No tienen plata para medicinas; no logran prever problemas; viven, realmente, al filo de la navaja. A mí no me sorprende que ya hayan creado un *santo* a su propia imagen y semejanza; un “*santo*”, que entiende bien lo que significa ser pobre en el Perú.

—¿Y los milagros, Medardo? —le preguntó el jefe de salud.

—No soy el más indicado para contestarte, Eugenio. ¿Algo psicológico? ¿Algo que tiene que ver con toda la tradición curandera que hay por aquí? No sé. ¿Recuerdas cómo fue en Lima hace pocos años, cuando vino un fulano desde Brasil y curaba a la gente así nomás? Se llenó el Estadio Nacional.

—Es curioso, ¿no, Medardo?, los pobres tienen su propia lógica y su propia organización...

—Que nosotros, tontamente, llamamos *la informalidad* —interrumpió el abogado—. Es que no les queda otra, Eugenio. Los caminos del Estado, por más democráticos que se auto proclamen, son bien pedregosos y empinados para la gente pobre. Tienen que hacer sus propios caminos para atravesar el desierto de la vida, y Jacinto Rojas les ayuda a hacerlos.

—Mi antecesor trató de impedir que trasladen sus restos a la capilla en el cerro.

—Sí, lo sé. Según él, estaba en contra de la Ley.

—Tenía razón.

—Y los ricos, ¿no se burlan de las leyes del país todos los días porque pueden pagar a los abogados y a los jueces? Tú sabes, igual que yo, que las leyes del Perú sirven, principalmente, para joder a los pobres.

—¡Medardo!, ¿tú eres abogado y dices eso?

—Porque soy abogado, es que lo sé muy bien.

—Mira, hombre, el país es un caos, eso todos lo sabemos; pero, por lo menos, esperamos que un día haya un Estado de Derecho, un Estado realmente democrático.

—No se puede imponer la democracia como una camisa de fuerza. Como tú sabes muy bien, nuestra democracia es forzada. ¿Cuánta gente piensas que votaría si el hacerlo no fuera una obligación?

—Poquisima.

—Precisamente. Y muchos de los votos son más influenciados por los regalos y sobornos ofrecidos por los candidatos, que por las necesidades verdaderas del país.

—Tienes razón, por supuesto. Pero no toda la gente es tan estúpida como los candidatos piensan. En un pueblo donde yo trabajaba, un candidato para la alcaldía ofreció un almuerzo gratis para las personas que votarían por él. ¿Y qué sucedió? Todo el mundo aceptó el almuerzo y casi nadie votó por él. Como el voto era secreto, no había manera de descubrir quien había votado por él, y quien no. Todos dijeron que sí. Total, el candidato fue el hazmerreír del pueblo y, a decir la verdad, la gente le dio el dedo a un tipo acostumbrado a salir con las suyas e imponer sus caprichos.

—¡Me gusta! Creo que el santuario en el cerro ha sido creado en el mismo espíritu. La gente ha dado el dedo a las autoridades.

—Entonces, un fenómeno como el santuario es una expresión muy democrática de la gente...

—Y va en contra de todas las normas establecidas por el Estado Democrático.

—Justamente.

—Entonces, Medardo, ¿cuál es tu conclusión?

El joven abogado sonrió y no contestó la pregunta. Más bien se sirvió otro vaso de cerveza y dijo:

—Salud, Eugenio.

—¿Por nosotros o por la gente?

—Por ambos.

—¿Vamos donde La Agucha?

—Vamos, pues.

@@@@@

Cuando se trataba de los pobres dando el dedo a las autoridades y haciendo las cosas a su manera, porque los trámites oficiales no hacían otra cosa que crear barreras infranqueables, la creación de un pueblo joven en las afueras de la ciudad fue un ejemplo.

Había un buen número de familias que vivían incómodamente con los padres, o los suegros, y esto creaba bastante violencia familiar; más, enfermedades, promiscuidad, y la dificultad que los niños y jóvenes tenían para estudiar en habitaciones donde la televisión, o radio, estaba prendida todo el día, y uno u otro bebé gritaba continuamente.

—Tenemos que mudar a una casa propia —fue el reclamo, sobre todo de las mujeres, en casi todos los barrios de la ciudad.

—¿Dónde? Los pocos terrenos en venta, son demasiado caros —fue la respuesta inevitable de los maridos.

Después de un tiempo en que las tensiones familiares aumentaban, un grupo de jefes de familia tomó la decisión de formar una asociación y luchar

para obtener terreno para casas propias. Dentro de poco, treinta familias se unieron para crear *La Asociación Residencial San Jasho*.

—¡Ojalá que Jasho nos ayude!

—Hacer las cosas según ley demora demasiado, y Jasho siempre ha sabido hacerlas al toque.

Pero, de todas maneras, se tenía que comenzar con la intención de cumplir con las normas legales. Primero, los líderes de la asociación se reunieron con el alcalde. Él los recibió atentamente y les aseguró que haría todo lo posible para resolver su problema cuanto antes:

—Pero ustedes saben que todo tiene que ser legal.

Entonces, les mandó a la Dirección de Vivienda que, en su turno, les informó que deberían ir a la subdirección, encargada de la planificación de la expansión urbana. Ahí, fueron informados que no había terreno para nuevas urbanizaciones; a pesar del hecho de que cualquier persona podría ver que la ciudad estaba casi rodeada por terrenos baldíos.

—No se puede construir allí, porque esos terrenos no están inscritos oficialmente dentro de la zona urbana.

—¿No lo puede hacer el Concejo?

—Probablemente, sí lo puede hacer, dentro de algunos años. Ustedes comprenderán que no se puede hacer las cosas de la noche a la mañana. Se tendría que medir y deslindar cada terreno, y, si lo va a hacer la municipalidad, se tiene que aprobar un presupuesto para este trabajo. Al mismo tiempo, se tiene que averiguar quiénes son los dueños actuales y si los terrenos están debidamente inscritos en los Registros Públicos. Luego, una vez que se haya concluido la parte legal, se tendría que pensar en la infraestructura urbana: cosas como agua, luz y desagüe.

—La mitad de esta ciudad no goza de estos servicios.

—Por eso, va a demorar a acondicionar nuevos terrenos para la expansión urbana.

—Pero, nosotros estamos desesperados. No podemos esperar meses...

—Disculpen —interrumpió el funcionario—, el proceso no durará meses, sino años.

—Peor todavía.

—Comprendemos su preocupación, pero no se puede permitir que la ciudad crezca en forma desordenada. Tiene que haber un plan adecuado.

—Suenan bonito, pero no se ha hecho nada durante años, para planificar la expansión de la ciudad; ni tampoco para instalar los servicios que usted ha mencionado. Entonces, ¿qué hacen en esta oficina?

—¡La malcriadez no va a lograr nada! Todo tiene que estar hecho según ley y de acuerdo con las últimas normas. Esto toma su debido tiempo. Podemos tomar nota de la petición de su asociación... —pausó por un momento, y luego dijo—: Por si acaso, ¿se han cumplido con los requisitos para que su asociación sea registrada y reconocida oficialmente?

Por supuesto, a pesar de haber pagado a un abogado, al notario, y a los funcionarios de Registros Públicos, todavía los asociados no habían recibido

el documento que declaraba que todo estaba en orden y que la asociación gozaba de un status legal. Más bien, se había revelado una serie de problemas. Primero, hubo el asunto del nombre de la asociación:

—Ustedes tienen que dar un nombre reconocido oficialmente. No podemos admitir *San Jasho*. En nombre correcto es *Jacinto*.

Sin embargo, el presidente de la asociación observó que había varios establecimientos en la ciudad que llevaban el nombre *San Jasho*, y que habían sido registrados oficialmente. Eventualmente, después de obtener copias de las resoluciones que reconocían los diferentes establecimientos que incluían *Jasho* en su nombre, los Registros Civiles aceptaron que la asociación podía usarlo...

—Con tal que no coincida con cualquier otra asociación.

Así, pudieron presentar la solicitud para el reconocimiento de la asociación en Registros Civiles, pero, de inmediato, se presentó otro problema. Éste fue el nombre de la secretaria de la asociación. Según su DNI, la dama se llamaba Luzmila López Santillán; pero ella siempre escribía Lusmila en los papeles, y firmaba así, con una ese, en vez de una zeta.

—Jamás me he dado cuenta de eso —dijo doña Luzmila.

—De todas maneras, usted tendrá que hacer otra solicitud, para pedir el reconocimiento de la asociación.

Una vez que se lo había hecho, no había otra cosa que hacer que esperar. Lamentablemente, el jefe de Registros Públicos se había ido a un curso de capacitación en Lima. Luego, se enfermó. Apenas recuperado, falleció su suegra y, después de eso, tenía derecho a un mes de vacaciones. Entonces, la espera era eterna. Finalmente, cuando el jefe estaba de nuevo en su despacho, se descubrió que el documento autorizando la creación oficial de *La Asociación Residencial San Jasho* se había extraviado dentro de la masa de solicitudes y expedientes que se habían acumulado. Ya no había más remedio que comenzar de nuevo.

—A este paso, nunca vamos a resolver nada y la única manera de solucionar nuestro problema es hacer lo que han hecho en otros sitios: invadir.

Calladamente, juntaron esteras, plásticos, y palos de bambú. Planificaron, meticulosamente, la operación y luego, repentinamente, una mañana la ciudad se despertó a ver que había un barrio nuevo. Allí estaban las chozas, bien alineadas a lo largo de calles anchas. Sobre cada choza flameaba el bicolor nacional en la brisa matutina. Al lado de varias chozas, mujeres estaban preparando los alimentos, mientras los hombres y los jóvenes mantenían una espera vigilante con palos, palanas y picos, listos para repulsar cualquier intento de parte de la policía para expulsar a los invasores.

—¡No podemos permitir esto! —protestó el alcalde al mayor de la policía—. Usted tiene que meter a sus hombres.

—No me gusta la idea, señor alcalde.

—¿Por qué no? Tenemos que imponer orden.

—¿Al riesgo de crear más desorden? Todo el mundo aquí sabe que hacen falta más viviendas. Si expulsamos a los invasores, no haremos nada para resolver ese problema y provocaremos mucho resentimiento. Además, los invasores han invocado el nombre de don Jasho, y enfrentarnos con ellos, será enfrentarnos con todo el *movimiento Jasho* en esta ciudad.

—Pero, mayor, los invasores deberían haber hecho las cosas legalmente, desde el principio. Cuando vinieron a hablar conmigo, les dije que les iba a apoyar, pero que tendrían que hacer todo conforme a ley.

—¿Y cuándo fue eso?

—No recuerdo. Podría haber sido el año pasado, o, de repente, el año antepasado.

—Entonces, no me sorprende que los invasores hayan tomado la ley en sus manos e invocado la protección de don Jasho. Le aconsejo que acepte la invasión.

—Bien —dijo el alcalde resignadamente—. Como siempre, Jasho sale con las suyas.

Más tarde, ese mismo día, el alcalde informó a los invasores que pudieron quedarse...

—Porque, como autoridad máxima de esta ciudad, considero que el bienestar de los pobladores siempre tendrá que gozar de prioridad en mi gestión. Quiero que todo el mundo tenga un techo decente sobre su cabeza.

Por supuesto, nadie lo creyó, pero, de todas maneras, le brindaron aplausos; y aún más para don Jasho.

No pasó mucho tiempo antes de que los treinta chozas se habían aumentado a cien, y todo un sector nuevo de la ciudad se había creado.

@@@@@

Los párrocos cambiaban con cierta frecuencia en *Santa María de las Dunas de Ninamasha*, y ninguno supo qué hacer con la capilla de *San Jacinto*. Algunos se enfrentaban con *Ambrosia* y *Petunia*, pero sus escaramuzas no lograban nada. Las hermanas se presentaban como humildes y sumisas, y prometían obedecer al cura de turno:

—Sí, padrecito. Pero, ¿qué podemos hacer si viene la gente?

—Ustedes las están animando para que vengan más y más personas.

—Nosotras no hacemos nada, padrecito.

—¿Quiénes construyeron la capilla?

—¡Ay, padre! Ya era mucha gente que venía a nuestra chocita y no había dónde pues.

—Ustedes saben muy bien que es ilegal tener a alguien enterrado aquí.

—¿Es ilegal que *San Jasho* haga bien aquí?

—Ese Jasho no es ningún santo reconocido por la Iglesia; entonces, se debe cerrar la capilla.

—Imposible, padrecito.

—¿Por qué?

—Porque la gente quiere rezar.

—Que vengan a la parroquia a rezar. Que recen a Dios, a la Santísima Virgen, o a los santos reconocidos por la Iglesia.

—Sí, padrecito, pero no es lo mismo como aquí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Aquí hay milagros de curación. Eso no sucede en el templo parroquial.

—San Martín es bien milagroso.

—Claro, el morenito tiene su jale.

—Entonces, dile a la gente que le recen.

—Pero, *San Jasho* es diferente.

—Por supuesto que es diferente. No vivía la vida de un buen cristiano.

—Él es nuestro, padrecito. Es nuestro santito. Por eso la gente sube aquí.

Luego, las cosas seguían su acostumbrado curso.

Pero si los párrocos no lograron que la gente fuera al templo parroquial, en vez de subir al santuario, tampoco las hermanas tuvieron éxito en convencer a un sacerdote para que venga a celebrar Misa en la capilla; ni siquiera para el descanso en paz de Jacinto Rojas.

—Se celebra la Santa Misa en el templo parroquial —era siempre la respuesta abrupta.

Por supuesto, no faltaban muchas personas que querían pagar Misas para que *San Jacinto* intercediera por ellas y por sus enfermos; y los sacerdotes se cansaban de decir que esto no se podía hacer.

—Los únicos santos a quienes se puede invocar, son aquellos canonizados por la Iglesia.

—Pero, *San Jasho* nos hace milagros, padre.

—Hay que rezar por él, para que descanse en paz. Ustedes saben que durante su vida cometió muchos pecados.

Sin embargo, la gente seguía rezándole. Al fin y al cabo, ¿qué culpa tenían los devotos si los curas no entendían que Jasho Rojas era un santo? Además, ¿qué culpa tenían si los otros santos, por más canonizados que fuesen por la Iglesia, no les hacían caso, mientras que *San Jasho* los atendía enseguida?

—Hace milagros al toque, padrecito.

—¡Bah! —contestaba el cura enfadado.

—Es Dios el que decide quién es, y quién no es, un santo —pronunció enfáticamente Petunia un día.

Y todo el mundo que la escuchó coreó un fuerte “Amén”.

No faltaba un sacerdote que intervino enérgicamente y dio una orden por escrito para que se cierre la capilla. Era vasco de nacimiento, y terco y fosfórico de temperamento. Parece que pensaba que el Perú todavía estaba en la etapa de la conquista y su secuela, la extirpación de idolatrías, y no se daba cuenta de que todo aquello había ocurrido hacía quinientos años.

—¡Esta gente desgraciada sigue siendo pagana! Ya es tiempo que un cura les diga las cosas con claridad. ¡Voy a poner fin a este culto idólatra!

Pero sus fulminaciones y papeles fueron como una chispa que cayera en un barril de pólvora. Hubo una manifestación en la plaza “*contra este cura atrevido que ha venido a quitarnos la fe*”. La emisora local, llamada ahora *La Voz de San Jacinto*, lanzó una serie de programas en contra del sacerdote y las cosas llegaron a tal extremo, que parecía que la gente lo iba a botar en burro.

Los ánimos se calmaron cuando el sacerdote se retractó, teniendo luego que celebrar una Misa en la capilla.

—No le quedaba otra al pobre cojudo —musitó el capitán de policía—. Meterse en contra de la gente es cosa seria.

Seguían llegando los peregrinos y seguían rezando con todo fervor a su *San Jasho*. Peor todavía, éste seguía haciendo milagros, o así decían.

Uno u otro sacerdote que vino de visita, veía con buenos ojos lo que estaba sucediendo:

—Es mejor que la gente rece, a que no rece.

—Si los enfermos se sanan, bendito sea Dios.

Otros animaban al párroco para que sacara provecho:

—Siempre puede hacerle la competencia y celebrar Misas de salud en la parroquia.

—¿Y si la gente no se sana?

—Ahí sí te friegas.

—Gracias por tus consejos.

Otro dijo:

—A mí me hace pensar en un San Agustín de nuestros tiempos —dijo otro.

—¡Qué San Agustín ni San Agustín!

—Claro, él vivía en forma muy desordenada cuando era joven y tuvo un hijo ilegítimo.

—Luego se convirtió. Este Jacinto Rojas, que tuvo no sé cuántos hijos ilegítimos, nunca se convirtió. Según lo que me dicen, estuvo bien borracho la noche que se metió en el incendio para sacar al niño. Seguramente que sano, no lo hubiera hecho. Entonces, no hay punto de comparación.

—También se ha dicho que cuando encontraron el cadáver, Jasho tenía la cruz apretada a los labios; eso podría indicar que hizo un buen acto de contrición.

—Quizás, pero eso no quiere decir que era un santo.

—¿Quién sabe?

La pregunta quedaba, colgada en el aire.

@@@@@

Otro choque serio entre los devotos de *San Jacinto* y el párroco de turno, ocurrió cuando esos decidieron celebrar una fiesta en su honor.

—¡De ninguna manera! —gritó el sacerdote—. Tengo suficientes problemas con la fiesta en julio para la Virgen del Carmen, sin querer cargar con aún más, en una fiesta celebrada para honrar a un borracho y mujeriego.

—Padre, no estamos pidiendo que usted vaya a la capilla en el cerro. Traeremos al santo, para que usted celebre su Misa aquí, en el templo parroquial.

—¿Cuántas veces tengo que decirles que su *santo* no es ningún santo?

—¿Entonces?

—¡No!

En una reunión de la Hermandad, Pablo Machuca, el presidente, era igualmente enfático:

—Aunque no podamos tener una Misa en el templo, nadie nos va a impedir a poner castillos, organizar un baile, y quizás una corrida también.

—También podemos tener una procesión. El cura no tiene autoridad sobre las calles de la ciudad.

—Podría presionar al alcalde para que no nos dé permiso.

—¿Cómo podemos evitar eso, porque el alcalde no se va a enemistar con el párroco por gusto?

—Miren, ¿para qué tanta discusión? Si Jasho quiere que celebremos una fiesta en su honor y que lo llevemos en procesión, él sabrá como cuadrar al alcalde.

Y, así sucedió.

El alcalde tenía un hijo de cuatro años y éste fue atropellado por un mototaxi.

—Lo lamento, señor alcalde, pero no hay nada más que podemos hacer para el niño —le informó el jefe del hospital—. Y, aún, si por un milagro, sobreviva, el muchacho tendrá la vida de un vegetal. Su cerebro está seriamente dañado.

—¿No podrán hacer nada por él en Lima?

—He llamado a un colega en el Hospital del Niño, y explicado el caso. Me asegura que no se puede hacer nada.

—Nuestra única esperanza es la oración —dijo la madre del niño.

Se fue al párroco, y le suplicó que ungiera a su hijo con los santos oleos.

—Con todo gusto, señora.

Después, ella se fue sola a la capilla en el cerro. Nunca se había ido antes. Llegó cansada por la subida, y respiraba con bastante dificultad,

mientras su preocupación por su hijo pesaba como una cruz. La puerta de la capilla estaba abierta, como siempre, y la mujer ingresó. Había varias personas, y, por las muchas velas ardiendo delante la tumba de don Jasho, el ambiente era sofocante. Se sentó y dejó que su mirada vagara sobre la escena. Si hubiera sido una experta en materia artística, vería que casi toda la decoración estaba de mal gusto; pero no lo era y, más bien, encontraba que el lugar exhalaba sosiego. No era ella una mujer religiosa, y entonces la oración espontánea no le era fácil. Lo único que pudo hacer, fue pedirle a don Jasho que le ayudara.

Debería haber estado sentada allí más de una hora, aceptando los saludos de los devotos que entraban, cuando decidió salir. Afuera, se encontró con Petunia Ramos, que le invitó a tomar asiento en la sombra y tomar algo.

—Gracias.

—De nada. ¿Usted es la esposa del señor alcalde?

—Sí.

—No le he visto aquí antes.

—Verdad. Es la primera vez que vengo.

—¿Ha venido a pedir por su hijito?

—Sí, pero, ¿cómo lo sabe usted?

—Todos hemos sabido del accidente que sufrió el muchachito, y le dije a mi hermana que no pasaría mucho tiempo antes de que usted estuviera aquí para pedir la ayuda de Jasho.

—Es mi última esperanza. Los médicos dicen que no pueden hacer nada más de lo que han hecho y que si vive, mi hijo será como un vegetal.

—Así son los médicos, pues.

—Estoy desesperada. Quiero que mi hijito viva, pero no podría verlo como un minusválido. Era tan alegre. Siempre corría y se reía todo el tiempo. Fue porque corrió a la calle, y no se dio cuenta del mototaxi, que ocurrió el accidente. Sabe usted, daría cualquier cosa para tener a mi Raúl de vuelta en la casa, la misma criatura feliz que era hasta hace pocos días.

—Si se sana el niño, usted podría persuadir a su marido para que apoyara la fiesta en honor de *San Jasho*.

Así fue que el alcalde dio carta abierta a la Hermandad para que organizara la fiesta como quiera, con el pequeño Raúl, sonriente y travieso como siempre, al centro de las celebraciones. Cuando el párroco protestó, el alcalde le sonrió y le dijo:

—Padre, ¿cómo puedo negar el pedido de mi mujer, si ése fue el trato que hizo con don Jasho, para la recuperación del niño?

—Por si acaso, señor alcalde, yo le di los santos oleos.

—Muy agradecido, padre.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que el niño fue curado, gracias a Jacinto Rojas?

—No se sabe a ciencia cierta, por supuesto; pero, le estoy dando el beneficio de la duda.

—¿Y va a autorizar todo lo que la Hermandad pide: baile, procesión, verbena en la plaza?

—Sí, padre.

Y no había nada que el párroco pudo hacer. Además, la mayoría de los pobladores estaban felices con la idea de tener una segunda fiesta anual. Para los dueños de las tiendas y de los hoteles, la fiesta traería más negocio; y por La Agucha también. Además, había más trabajo para los pirotécnicos y para los jóvenes, más diversión. Entonces, en una u otra forma, la fiesta sería una ventaja para todos. También, servía como un buen paso para conseguir la reelección del alcalde. Había sido precisamente él, cuando por primera vez se postuló a la alcaldía, quien propuso el cambio del nombre del pueblo, y ahora, como su mujer le indicaba, Jasho era su mejor apoyo para otra reelección.

—Es gracias a Jasho, que eres alcalde, y no lo olvides.

—Sabes muy bien que jamás dejaría de estar agradecido a él y siempre haré todo lo posible para promover el desarrollo de su culto.

—¡Ojalá!

@@@@@

Pasaron los años, y el fenómeno *San Jasho* vino a formar parte normal de la vida norteña. La fama del *santo* ya se había extendido más y los pobladores no podían imaginar su pequeña ciudad sin el flujo diario de peregrinos, que eran de toda clase y condición. Si bien es cierto que la mayoría era gente de pocos recursos económicos, no faltaban algunas personas acaudaladas.

—Tener plata y no tener salud, es peor ser pobre —se quejaba una dama vestida elegantemente, pero que a duras penas pudo subir el cerro con la ayuda de una enfermera.

Como otras personas, que gozaban de una buena situación económica, esta mujer había recibido las mejores atenciones médicas posibles, en una clínica privada. Pero, como tanta medicina occidental, el tratamiento fue exclusivamente para sólo algunas partes enfermas del cuerpo. Parece que nunca se había ocurrido a los médicos verla como una persona, y no, simplemente, como una colección de miembros, músculos, arterias, etc. Quizás, un abrazo amoroso y un oído atento a sus angustias, hubieran sido mejores que todo el tratamiento costoso que había recibido. Instintivamente, fue con esa idea, que realizó la subida penosa a la capilla de don Jasho. De repente, él le daría el abrazo que anhelaba, y le escucharía.

Para los niños, un paseo al *Cerro San Jasho* era divertido y les encantaba correr en la arena, para luego prender sus velas ante la tumba del *santo*.

Curiosamente, nunca faltaban jóvenes: algunos estudiantes, y otros con facha de vagos: jóvenes que no tenían la costumbre de frecuentar la iglesia.

Un día, Ambrosia observó a un joven, buen mozo, sentado en un rincón de la capilla. Tenía la mirada fija y no se movía. Después de un buen rato, Ambrosia se acercó a preguntarle si estaba bien:

—Sí —contestó con una voz llena de tristeza.

—Pasa a tomar una chichita —invitó ella.

—Gracias —la siguió y se sentó debajo del toldo, delante de la chocita. La chicha estaba rica y provocó un suspiro de contento.

—¿Tienes algún problema, joven?

—Mmm —replicó apenas—.

—Jasho te va a ayudar, segurito.

El joven dejó escapar una pequeña sonrisa, más de duda que de asentimiento.

—¿Quisieras contarme tu problema? —preguntó Ambrosia maternalmente.

El joven miró al suelo sin decir nada, luego levantó la cabeza y murmuró:

—Tengo un sueño, señora.

—Eso está bien. Todos debemos tener sueños y tratar de hacerlos realidad.

—Ahí está mi problema.

—¿Cuál es tu sueño?

—Ser poeta.

Ambrosia lo miró como decir: “Ése es un sueño de locos” y el joven captó su sentir.

—Todos se ríen de mí. —Tomó otro sorbo de chicha. Luego siguió en voz baja—: Tengo que ganarme la vida y mi vieja tiene cáncer. No me sobra nada para pensar en hacer realidad mi sueño y publicar mis poemas.

—¿En qué trabajas?

—Soy miembro del grupo *Los Hard Boys*. Vamos a hacer nuestro show en la discoteca esta noche.

—¿Qué música tocan ustedes? ¿Salsa? ¿Rock? ¿Teknocumbia?

—No señora, no somos un grupo musical. Somos strippers.

Ambrosia había escuchado un comentario en el mercado, que *San Jacinto* se modernizaba más cada día, con innovaciones como la Internet, los bares karaoke y los shows de striptease.

—Ya no hay que ir a Chiclayo para recrearse. En *San Jacinto*, tenemos centros de diversión para todos los gustos.

—¿Te pagan para que te quites la ropa?

—Así es, señora.

—¿No sabes hacer otra cosa?

—Estudí arquitectura, pero no hay trabajo. Entonces, prefiero quitarme la ropa que robar. Me duele mucho que la gente pague para ver mi cuerpo, pero nadie me ayuda cuando quiero mostrar mi alma en mis versos.

Ambrosia sentía que la conversación se iba rumbo a unas honduras, o alturas, que ella no comprendía, pero quiso dar ánimo al chico.

—No te preocupes, estoy segura que nuestro Jasho te ayudará.

—¡Ojalá! porque estoy harto de la vida de mierda en que estoy metido. Estoy harto de mí mismo. No soy más que un miserable puto, a veces siento que lo mejor sería suicidarme.

Ambrosia lo abrazó y le dijo:

—No muchacho. Si Jasho me enseñó una cosa, fue que la vida siempre vale la pena. Jasho siempre encontraba la fuerza necesaria para superar cualquier dificultad. Debes pedirle que te dé fuerzas.

El joven no contestó nada y miró fijamente al suelo. Después de un rato de silencio, Ambrosia le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Beto Sánchez.

—Beto, voy a rezar por ti.

—Gracias, señora.

Esa noche, la discoteca estuvo llena y las chicas gritaban históricamente ante el espectáculo presentado por *Los Hard Boys*. El striptease de Beto fue especialmente exitoso, pero él se sentía peor que nunca, un verdadero Garrick —Para una velada en el colegio, había aprendido el poema que trata de aquel famoso payaso que hacía reír a todo el mundo, mientras él tenía el corazón destrozado y se sumergía en la depresión—. La estrella del show era el mismo Beto. Sin embargo, mientras los otros miembros del grupo gozaban plenamente del espectáculo que presentaban, él se desplomaba por dentro. Se sentía una basura, y pensaba: “*A la basura, hay que botarla. No valgo para nada*”.

—¡Beto!, ¡Beto! —gritaban las chicas.

Más tarde, cuando Beto ya estaba solo, soñó que Jasho estaba a su lado y que le conversaba, justamente como años antes había conversado con los jóvenes de la ciudad:

—Beto, toda persona es valiosa, y tú vales mucho. Sigue fiel a tu poesía y no la dejes, nunca.

@@@@@

Luego, ocurrió algo que presentaba un reto para Jacinto Rojas: un grupo evangélico alquiló el cine en la Plaza de Armas. Ya hacía años que no se había presentado una película allí. Los pequeños video—cines en casas particulares quitaron el negocio. Don Mario Merino intentó atraer a la gente con películas sólo para adultos, y tuvo éxito durante un corto tiempo, hasta que los videos porno le serrcharon el piso. Entonces, estuvo feliz cuando un grupo de hermanos evangélicos alquiló su establecimiento y lo convirtieron en *La Iglesia de la Santidad*.

—Aunque yo soy bien católico, compadre —afirmó don Mario a Mercedes Malagache—, también tengo que ganarme los frijoles, y de nada me sirve tener el cine cerrado.

—¿Y si le hacen competencia a la parroquia?

—Que se despabile el cura. En estos tiempos, la gente tiene derecho a escoger. Antes, sólo había tu peluquería y todos tenían que cortarse el pelo allí. Pero ahora se han abierto varias nuevas y, sobre todo los jóvenes, prefieren estar a la moda en el salón unisex “Tú y Yo”.

—Ése es un nido de maricones —espetó Mercedes.

—Son ellos los que están de moda pues, compadre, y ya no se dice maricones, sino “gays”.

—No jodas.

—Seamos francos, *San Jacinto* se está modernizando y aquí hay algo para todo el mundo. Entonces, otro grupo religioso, demuestra que estamos al día con el desarrollo del país.

Como es de suponer, el párroco no estaba de acuerdo con este punto de vista y lamentó:

—Ya no se trata de la verdad, sino de gustos y caprichos —cuando una de sus damas piadosas le dijo que se sentía mejor en *La Iglesia de la Santidad*—. Cualquier joven puede decir que se siente mejor cuando se emborracha, pero no está bien que lo haga.

—¡Ay, padre, cómo se le ocurre comparar mis sentimientos religiosos con las borracheras de la juventud! Usted me está insultando.

—No, señora. Sólo quiero hacerle entender, que los sentimientos no son una base firme para la conducta humana.

La Iglesia de la Santidad ofrecía culto con milagros de sanación todos los días.

—Nuestro Jasho tendrá que ponerse las pilas —observó uno de los parroquianos del *Bar San Jacinto*, al lado del antiguo cine—. Él sólo hace un milagro dos o tres veces por semana y esto patas le van a quitar el negocio.

—Sí, hasta han puesto una pizarra en la entrada donde anuncian los milagros del día.

—Creo que Jasho se logrará mantenerse adelante, al fin y al cabo, él ha estado haciendo milagros desde hace tiempo.

—Claro que sí, pero lo mismo podría suceder a él y sus milagros que sucedió a la *Imprenta Don Jasho*. Ella comenzó justo cuando don Jasho hizo sus primeros milagros. Ganaba bastante con sus estampitas y afiches, y cosas relacionados con Jasho, para los peregrinos. Luego, un pata en Chiclayo, se metió a hacer lo mismo, pero con maquinaria más moderna. Producía mejor calidad y más barato. Así, jodió a los de la *Imprenta Don Jasho*, y tuvieron que cerrar las puertas.

—Pero, hacer milagros de curación no es lo mismo.

—Okay, un milagro es un milagro; pero, si quieres que Jasho te cure, tienes que subir ese maldito cerro. La capilla es pequeña y sofocante. No hay ninguna facilidad, salvo lo poco que Ambrosia y Petunia pueden ofrecer. Ahora, la iglesia evangélica está aquí en el centro de la ciudad. Está bien arreglada y cómoda. Personalmente, preferiría ir allí que a la capilla en el cerro. Si quieres comer, los mejores restaurantes están cerca de la iglesia evangélica.

Entonces, a mi parecer, los evangelistas están adelante, y los devotos de don Jasho tendrán que hacer algo, y pronto.

Los periódicos chicha de la zona gozaban del reto lanzado por los evangélicos y, al lado de las fotos de calatas y titulares como: “*¡Padre de familia viola a su hija!*” y “*¡Polis y prostis en bronca!*” colocaron otros, garantizando con ellos, inflamar la rivalidad entre el santuario y el cine— templo: “*¡Nuevo milagro de San Jasho: niña de catorce años camina por primera vez!*”; “*¡Gol evangélico: anciano recupera la salud!*”; “*¡Empate esta semana: un milagro cada uno!*”; “*¡Faul! Joven ‘tullido’, ya podía caminar!*”; “*¡Tiro libre para San Jasho!*”...

La radio se metió en la danza también, y ofreció un espacio gratis al pastor evangélico, para que propagara sus opiniones y su doctrina. Lógicamente, esto provocó la indignación de la Hermandad de San Jasho, y el presidente, Pablo Machuca, protestó enérgicamente:

—Nunca nos han dado a nosotros un espacio gratis en la radio.

—Jasho es muy capaz de defenderse a sí mismo, y no necesita ningún ayuda de nuestra parte —fue la contestación del dueño—. Además, mi mujer ha pasado a *La Iglesia de la Santidad*.

—¿Por qué se ha metido allá?

—No sé. Antes, nunca iba a Misa, pero ahora, parece que se ha contagiado de religión.

Con sus altoparlantes a todo volumen para transmitir sus sermones a la gente en la plaza, quisieran o no escuchar, y sus gritos de “*¡Gloria a Dios!*” y “*¡Aleluya!*” a cada instante, el grupo evangélico se hizo fuertemente presente en la ciudad. Interrumpían las Misas vespertinas en la parroquia y el ambiente alegre del *Bar San Jacinto*. Hacían más bulla que la discoteca y hasta fastidiaban a las chicas y sus clientes en la casa de La Agucha.

—Jacinto no sólo era un cliente de primera durante su vida, sino que, nunca nos ha dado problemas después de su muerte. Más bien, el negocio ha aumentado; y ahora vienen estos con sus gritos e increpaciones para hacernos sentir mal. Dicen que este pueblo es como Sodoma y Gomorra; que somos idólatras y fornicantes. Si los clientes no pueden gozar un rato con las chicas ya no vendrán más, y una de las mejores casas de cita en el norte del Perú tendrá que cerrar sus puertas —se lamentaba la misma Agucha.

@@@@@

Un buen día, nuevos rumores comenzaron a correr por el mercado, la plaza y las cantinas. Últimamente, se había visto algunas camionetas grandes con *Consortio Minero Dunas del Norte S.A.* pintado a cada lado de los vehículos, y gente andando por todos los cerros de la comarca. No eran peregrinos. Nunca paraban para rezar, aunque sea un Padrenuestro, en la capilla de *San Jasho*. Ni siquiera tenían el gesto cristiano de persignarse cuando pasaban por el

santo lugar. ¿Quiénes eran estos paganos? Decían ser ingenieros y, aunque a veces se quedaban en el mejor de los hoteles: *Hotel San Jacinto* —tres estrellas auto concedidas— casi no se comunicaban con nadie y, cosa curiosa, no visitaban la casa de La Agucha. Parece que conocían un lugar mejor en Chiclayo.

Los rumores que ya circulaban eran que los cerros vecinos a la ciudad contenían caolín. Para la mayoría de los pobladores esta noticia no significaba gran cosa. Al fin y al cabo, algunas familias habían hecho ollas con la buena arcilla de San Jacinto desde antes de la memoria de los más ancianos. No era ninguna novedad. Además, como los cerros de la zona eran completamente secos y pelados, no servían siquiera para pastar las cabras; entonces, si alguien quería venir e invertir dinero allí, era bienvenido.

—Por supuesto, no tocarán el *Cerro San Jasho* —se decía la gente.

—El cerro es una huaca. Allí no habrá nada de caolín.

—Entonces, ¿el cerro no corre ningún peligro?

—Por supuesto que no.

—Por mí —dijo el párroco al obispo durante los ejercicios espirituales del clero—, estaría feliz si se incluyera el cerro dentro del denuncia minero. Con eso, se podría hacer desaparecer toda la superstición que florece allí.

—Tienes razón, hijo, pero si se cierra esa capilla, se dejará campo abierto a los evangélicos para las curaciones. Es triste, ¿no? La Santa Madre Iglesia siempre ha tenido un sacramento para sanar a los enfermos y hemos descuidado aquello, dejando campo libre para que otros vengan a tomar la posta.

—¿Quiere usted que yo celebre Misas para sanar?

—Eso es un asunto muy delicado. A Roma no le cae muy bien.

“Entonces, que venga Roma para arreglar los líos aquí”, pensó el sacerdote.

Cuando el párroco regresó a su parroquia, la primera cosa que le dijo la secretaria fue que el alcalde había citado a una reunión urgente para el día siguiente:

—¿De qué se trata?

—El alcalde quiere que se forme un frente cívico para defender el patrimonio histórico del pueblo.

—¿Por qué su repentino entusiasmo para nuestro patrimonio histórico? Cada vez que le he pedido que me ayude a conservar el templo no me ha dado más que promesas vagas que nunca se han cumplido. Si ya se ha dado cuenta de que este templo es una joya que necesita mucha ayuda, a Dios gracias.

—No creo que el alcalde está pensando en el templo, padre.

—¿Entonces?

—Está preocupado por el cerro.

—¿El cerro?

Comentado [02]: Este espacio no es necesario, pues, el texto sigue.

—Sí, donde está la capilla.

—¡No me vas a decir que quiere declarar esa capilla de mala muerte como *patrimonio histórico*! Esas brujas de Ambrosia y Petunia, son capaces de cualquier cosa y seguramente han ido a hacerle peticiones al alcalde.

—No, padre, no se trata de la capilla.

—¿De qué se trata, entonces?

—¿No sabe usted lo que pasó la otra noche?

—Usted sabe muy bien que he estado en los ejercicios espirituales. ¿Cómo voy a saber qué ha sucedido allí?

—La Ambrosia pasó la voz a la policía que un par de esos ingenieros, que andan de un lado a otro, estaban huaqueando.

—¿Y?

—La policía los capturó, y aunque no se lo imagina, los ingenieros tenían unos objetos de oro. Parece que el cerro es una huaca importante, pues van a venir algunos arqueólogos de Lima para ver qué hay allí. Están diciendo que existe la posibilidad de una tumba de alguien muy importante de la civilización Chimú. Realmente, no se sabe todavía.

—¿Qué dicen los ingenieros que capturó la policía?

—Ya los han soltado, y en sus declaraciones en *La Voz de San Jacinto*, dicen que estaban investigando el cerro para ver si se incluía dentro del denuncia que están haciendo en Lima ante el Ministerio de Energía y Minas para poder explotarlo, porque las vetas de caolín, probablemente, van por debajo de la huaca.

—¿Y el alcalde quiere que se declare patrimonio histórico de la nación?

—Sí, padre. En sus declaraciones a la radio, ha dicho que debe ser una zona intangible.

—Entonces se va a armar un buen lío.

Ya el lío estaba armado. Las hermanas Ambrosia y Petunia anunciaban a voz en cuello, a todos los peregrinos que llegaban a la capilla, que ellas iban a defender el *Santuario de San Jacinto* hasta las últimas consecuencias. Según ellas, si había la posibilidad de que algunos gentiles paganos estuvieran enterrados allí no tenía mayor importancia.

—¿Acaso hacen milagros? ¿Acaso escuchan las oraciones de ustedes? ¿Acaso han servido para algo bueno desde que sus restos fueron enterrados ahí Dios sabe cuándo? ¡No! Nuestro Jasho tiene sus devotos en todo el norte del país y no vamos a permitir que lo boten de aquí como si fuera cualquier cosa. ¡No, señores!

Pablo Machuca, el presidente de la Hermandad, también hizo saber a los devotos de *San Jasho* que si el Perú es una democracia, tiene que ser el pueblo el que decide lo que se hace:

—No vamos a someternos a unos burócratas en Lima, que no saben nada de nosotros.

Conforme pasaban los días, aumentaban los rumores, las reuniones y los comentarios. La ciudad ya no era la apacible *Santa María* de antaño, sino

un enjambre, y ya el alcalde veía la necesidad de llamar a los ciudadanos a un cabildo abierto:

—Dignísimas damas que nos honran con su presencia —entonaba el alcalde en el salón principal de la municipalidad—, señores paisanos de *Santa María de las Dunas de Ninamasha* —se había olvidado de su entusiasmo por *San Jacinto* aquella vez, hace años, cuando por primera vez, había ganado las elecciones gracias a su propuesta para cambiar el nombre del pueblo—. Las primeras investigaciones realizadas por los arqueólogos, que han venido desde la capital de la república, indican que tenemos en nuestras manos un tesoro histórico, que muy bien puede ser más valioso y más importante, que el Señor de Sipán. Nos toca a nosotros, como patriotas que somos, defender la huaca del *Cerro Kon*. Para que ustedes comprendan el alcance de la labor de los arqueólogos, cedo la palabra al Doctor Jaime Cisneros.

Después de los saludos protocolares, que ocuparon varios minutos, el arqueólogo informó:

—Sin duda, se halla aquí la tumba de un gran señor y, gracias a la intervención muy oportuna de la Policía Nacional, se encuentra intacta. Es un tesoro incalculable. —Siguió con una descripción bastante detallada de los trabajos realizados y al final dijo—: Tendremos que exigir al *Consortio Minero Dunas del Norte, S.A.* que deje sus trabajos, porque no sólo existe esta huaca, sino que, probablemente, muchos de los cerros alrededor de la ciudad también son, en realidad, huacas...

—El Consortio no nos ha dicho nada al respecto —intervino el alcalde.

—Por supuesto que no, porque no les conviene. Hasta este momento, no hemos podido hacer más que un examen superficial en el *Cerro Kon*, pero sospechamos que aquí se encuentra todo un gran complejo arqueológico.

Entre los asistentes a esta reunión hubo muchos movimientos de cabeza. Se sentía un ambiente de entusiasmo y flotaba en los ojos de la gente, los sueños de la grandeza de los antepasados y muchas posibilidades para el futuro: "*El Hotel San Jacinto* —tres estrellas auto concedidas—, *podría convertirse en el Hotel, Señor de las Dunas de Ninamasha* —cinco estrellas, concedidas oficialmente—", pensaba su dueño. Los dueños de los restaurantes y los hospedajes, tenían sus propios sueños. Hasta La Agucha, que nunca faltaba a una reunión de los notables, se permitía un sueñito para su casa; mientras el señor párroco pensaba que, por fin, iba a poder borrar el santuario del desgraciado Jacinto Rojas del mapa. Total, todo el mundo se sentía feliz y contento y se levantó para hacer un brindis en honor al *Señor de las Dunas de Ninamasha*.

Luego hubo un cuchicheo alegre:

—El Instituto Nacional de Cultura tiene que despabilarse para que toda esta zona de los alrededores sea declarada intangible.

—Aquí se tiene que construir un museo mejor del que hay en Lambayeque o Sipán.

—Podríamos tener un gran flujo de turismo.

—No cabe duda que, desde ahora, nosotros nos vamos para arriba.
Grandes aplausos llenaron el salón cuando el alcalde gritó por encima de la bulla:
—¡Que vuelva a lucirse toda la gloria del señor enterrado aquí! ¡Que viva el Señor de las Dunas de Ninamasha!

Ya todos se veían en los titulares de los periódicos del mundo. Este pueblo perdido, ya se había encontrado. Este pueblo humilde, iba a tomar su lugar en el escenario mundial y, como los turistas visitan las pirámides de Egipto, el Cusco y Machu Picchu, ya vendrían a *Santa María*.

Cuando el alcalde regresó a su casa, tuvo que afrontar la cólera de una esposa sumamente enojada:

—¿Es verdad que quieres que se declare el *Cerro Jasho* un monumento nacional?

—Sí. Es muy probable que haya una tumba allí que es más importante que la del Señor de Sipán.

—¿Y, qué va a pasar con el santuario de Jasho?

—Me imagino que lo tendrán que demoler, para dar lugar a los arqueólogos a hacer sus investigaciones.

—¡Maravilloso! —espetó su esposa, irónicamente.

—¿Qué pasa contigo? ¿No entiendes que, eventualmente, la tumba va a ser mucho más importante que el santuario?

—¿Y nuestro Raúl?

—¿Qué hay de él? Ya está muy bien, y creo que va a estar en la selección de la escuela.

—¿Y quién lo curó, cuando pensábamos que iba a morir?

—Mira, Elvia, eso fue hace más de dos años. Yo tengo que pensar en la realidad que se nos presenta ahora.

—Es gracias a Jasho que eres el alcalde y, con un período más, tendrás un sueldo de por vida. ¿No te das cuenta que, hasta ahora, todo tu jale popular ha sido por él?

—Elvia, uno tiene que ser práctico. Ya, el tiempo de Jasho va pasando.

—Prometiste que nunca lo abandonarías la causa de don Jasho.

—Elvia, no comprendes.

—Comprendo perfectamente bien. Don Jasho nos sirvió cuando lo necesitábamos y, ahora que nos hace falta, podemos echarlo a un lado —espetó la mujer, enfadada.

—Si quieres ser obstinada y perversa, no veo ningún objeto en continuar con esta conversación. Simplemente, tendremos que ponernos de acuerdo, de que no estamos de acuerdo.

@@@@@

Los microbuseros y los dueños de las combis estaban divididos sobre las noticias del hallazgo arqueológico. Para algunos, no importaba mucho si la

gente venía para rezar a *San Jasho*, o a mirar los restos de “*un fulano equis que había muerto hace siglos*”. Para otros, la cosa no era tan sencilla.

—Miren, compañeros, con San Jasho tenemos bastante chamba todos los días, pero, ¿ustedes creen que tanta gente va a venir a ver al tipo enterrado en el cerro?

—Vendrán los gringos, los turistas extranjeros, y traerán mucho más plata que nuestra pobre gente con sus velitas y sus manojos de flores.

—Puede ser, en Dios sabe cuantos años... Para poder excavar y descubrir todo lo que hay en la huaca, tendrán que tumbar la capilla. Entonces, adiós chamba.

—Y si vienen los gringos, no van a usar nuestros carros. Son las agencias extranjeras de turismo, las que sacarán la tajada, como sucede actualmente en el Cusco. Por mí, que se quede nuestro Jasho; más vale pájaro en mano que ciento volando.

Como los restos arqueológicos afectaban directamente al *Cerro Kon*, todo el mundo se dedicaba a opinar sobre ellos y, por el momento, se olvidaba de la mina de caolín. Pero cuando llegó la noticia de que el denuncia del Consorcio Minero Dunas del Norte S.A. incluía a todos los cerros en los alrededores de *Santa María*, y que había sido aceptada por el Estado, los arqueólogos pusieron un grito en el cielo.

—¡Cómo es posible que Lima autorice la actividad minera en una zona arqueológica de tanta importancia!

—Apuesto a que el Ministerio de Energía y Minas, ni sabe de la labor del INC.

—Probablemente no sabe, siquiera, que existe el INC.

—Para dar limosna, Cristo dijo: “*que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha*”, que, sin duda, está muy bien cuando se trata de limosna, pero está pésimamente mal en cualquier otro caso, como éste.

—Bueno, una vez que se dé cuenta de lo que se ha descubierto en el cerro, tendrán que dar órdenes al Consorcio para que cese sus actividades.

—Eso no va a suceder, Artemio —dijo el presidente del directorio del Consorcio en una reunión de emergencia—: La Ley está a nuestro favor. El Perú es un país minero y al gobierno le favorece que haya más actividad minera, porque, sólo así, podemos mantenernos a flote.

—Ya sé que hemos hecho el denuncia, pero la municipalidad está trabajando para que en Lima se dicte una Ley que declare toda la zona intangible.

—Mira, hermano, por más intangible que sea, lo que habla en este mundo es la plata, no los huesos de los muertos.

—Pero si tratamos de seguir adelante, tendremos a todas las entidades culturales del mundo en nuestra contra.

—¡Calma, hermano! Podemos demostrar que no estamos en contra de la historia o la cultura, si apoyamos la construcción de un museo, como lo han hecho otras empresas en Sicán y lo están haciendo en Sipán y en Tumbas

Reales. Que los arqueólogos hagan sus investigaciones y que saquen lo que encuentran allí para el museo. ¡Qué más quieren!

—¿Y cuánto tiempo va a demorar todo eso?

—Con un poco de dinero en las manos apropiadas, se pueden agilizar las cosas.

—¿Tú crees?

—En este país todo es posible, y muy bien lo sabes.

—¿Y si quieren poner el museo en el cerro mismo?

—¡Que se jodan!

—¡Que se jodan los que quieren destruir el santuario de nuestro querido *San Jasho*! —gritó Pablo Machuca, presidente de la *Hermandad de San Jacinto*—. Si quieren hacer sus excavaciones por debajo, que lo hagan, pero no vamos a permitir que nos dañen la capilla o que saquen los restos de *San Jasho* de aquí.

“¡Lucha entre huesos humanos!”

“¡Los cadáveres también pelean!”

Así rezaban los titulares de algunos periódicos. En seguida, visitaron los principales canales de televisión de la capital para hacer sus reportajes dominicales y echar más leña al fuego:

—¿Qué opina usted, señora? —preguntó una periodista capitalina a Leticia Manosalva, cuyo hijo fornido a su lado era la evidencia palpable del primer milagro realizado por Jacinto Rojas.

—Señorita, *San Jacinto* salvó a mi hijo cuando estaba por morir. ¿Cómo no voy a defender el santuario?

—Pero no es un santo de verdad, señora.

—Mire usted, lo que digan de él no interesa. Él curó a mi hijo y eso es todo.

—¿Y si ordenan la destrucción de la capilla?

—El pueblo se levanta, señorita.

—Y usted, señor arqueólogo, ¿qué dice?

—No cabe duda, que aquí hay un tesoro arqueológico de máxima importancia.

—¿Será necesario destruir la capilla que está en el cerro?

—Probablemente, sí. Nuestras investigaciones indican que hemos ingresado por las tumbas de los guardianes. La tumba que estamos excavando, ya es casi de la misma importancia que aquella del Señor de Sipán. Eso quiere decir, que la tumba del señor al centro del complejo funerario, será de una riqueza increíble y, según nuestros cálculos, está justamente debajo de la capilla.

—Entonces, para excavar allí, ¿se tiene que derrumbar la capilla?

—Me imagino que sí.

—¿No tiene usted miedo de que la gente se levante contra ustedes?

—Mire, señorita; aquí se trata del patrimonio cultural del país y no se puede permitir que la ignorancia y la superstición impidan nuestras investigaciones científicas y arqueológicas.

—¿Soy ignorante, señor arqueólogo, porque ahora veo a mi hijo sano, gracias a mis oraciones a *San Jacinto*? Hace dieciocho años, mi hijo se moría, y yo no tenía plata para comprarle sus medicinas. En el hospital lo desahucieron y lo único que pude hacer era rezar. Ahora mi hijo es un hombre fuerte. ¿Esto es ignorancia?

—¿Somos supersticiosos porque queremos proteger los restos de alguien que nos hace bien y que da trabajo a tanta gente?

—Nadie dice que vamos a dañar los restos del señor Rojas. Ustedes pueden construir una capilla para él, donde sea.

—No es lo mismo. Nuestro Jasho vivía aquí, en este cerro, y en este cerro tiene que quedarse, porque él mismo lo dijo en un sueño que tuvo la señora que mandó a construir su tumba.

—Señor arqueólogo, ¿cómo explica usted que aquí haya una huaca y los mineros digan que es un yacimiento de caolín?

—Tengo entendido que el caolín está más abajo.

—Entonces, para sacar el caolín, tendrán que destruir la huaca.

—Así es.

—Pero me imagino que ustedes no van a permitir eso.

—Por supuesto que no. Esta huaca, bien podría ser más importante que las huacas del Sol y de la Luna, al sur de Trujillo.

Ya los comentarios saltaban por todos lados como fuego espontáneo.

@@@@@

—¡Carajo! Son tercas como mulas —comentó el presidente del Consorcio Minero—. No hay diferencia entre los arqueólogos y los devotos del santo. Los dos luchan para conservar unos huesos en el mismo sitio, cuando, fácilmente, se los puede trasladar a donde sea.

—Lo especialmente fascinante de cualquier resto arqueológico es sentir que aquí sucedió algo importante, hace siglos. Uno puede pensar en los lugares santos de Jerusalén, o los campos de batalla. El monumento que conmemora la Batalla de Ayacucho tiene que estar en la Pampa de la Quinua; no podría estar en el centro de Lima. Imagínense ustedes si a los cajamarquinos se les ocurriera trasladar el Cuarto de Rescate del Inca Atahualpa a un museo fuera de la ciudad, y que pusieran en el sitio actual un supermercado, porque, con eso, ganarían más dinero. Sería un crimen. Esto es lo que quiere hacer el Consorcio Minero aquí.

por doquier, se levantaban construcciones de ladrillos y cemento: cajas sin gracia. Se veía la municipalidad y la iglesia en la Plaza de Armas, que gozaba de unas palmeras altas, únicas sobrevivientes de los cambios realizados, a menudo, por los alcaldes. El Hotel *San Jacinto*, también se erguía en la plaza, con su fachada de mayólica de baño reluciente en el sol. La trocha que siempre había conducido desde la Panamericana hasta la pequeña ciudad, y que fue asfaltada durante el régimen del ingeniero Fujimori, gracias a los fondos expropiados de FONAVI, se beneficiaba de la atención de una camioneta de la Policía de Carreteras, normalmente estacionaba al costado de un gran arco de cemento que daba la bienvenida a *San Jacinto*, *Santuario de las Dunas de Ninamasha*. Allí, los policías leían sus periódicos chicha y “cobraban” a las combis y los micros. Se veía una pinta grande entre los avisos de todo tipo pegados a la pared del colegio: *¡Cristo viene, prepárate!*; otra mano había añadido: *Lo trae el Consorcio Minero*.

Esa tarde, era como todas las tardes que Carlos recordaba desde que fue niño. Su madre lo mandaba con los burros para recoger leña, porque se consumía hartó en el restaurante que ella había establecido, bajo un toldo, al costado de la capilla. Su tía Ambrosia, por su parte, se dedicaba a preparar chicha, mientras que la venta de velas, estampitas y escapularios, más marcianos, chizitos y helados, en la puerta de la capilla, era el negocio de sus primos.

El joven seguía caminando, silbando, contorsionándose de acuerdo al comentario del partido de fútbol, y dando una patada de vez en cuando a uno y otro de los burros que arreaba. Era una tarde como cualquier otra. Después de descargar los burros, se escaparía para jugar su propio partido de fútbol con sus amigos y luego iría a la picantería al pie del cerro, donde tenía un cachuelito para lavar platos. Éste le daba suficiente dinero para comprar unas chelas y cigarrillos a los fines de semana, y para pagar una visita a la casa de La Agucha. Al fin de cuentas, pensaba el joven, la vida era buena, gracias a su padre, que había tenido la brillante idea de morir héroe y luego hacer milagros.

- Mucho has demorado —le riñó su madre cuando llegó a la choza.
Él contestó toscamente:
—Ya, vieja —sin hacer mayor caso.
Su madre siempre le reñía.
—Me tienes que ayudar esta noche. Nada de fútbol y nada de ir al pueblo.
—Pero, má...
—Se va a reunir la Hermandad del Santuario y quieren comer.
—Que no jodan, má...
—Hijo, ésa no es manera de hablar a tu madre.
—Quiero jugar fútbol.
—Necesito tu ayuda.
—¿Por qué van a comer aquí?
—Yo los he invitado.
—¡Carajo!

—¡Carlos!
—¿Por qué tienes que invitar a una tira de manganzones para que coman aquí?
—De ellos depende la defensa del santuario.
—Pero...
—Nada de peros. ¿Qué va a ser de nosotros si destruyen la capilla?
—Mi padre puede hacer milagros en otra capilla. ¿Cuál es el problema?
—Hijo, no nos van a dejar sacar los restos del santo que era tu padre. El cura ha jurado poner fin al culto aquí.
—¿Qué le importa a él? Él nunca viene aquí. No le pedimos nada.
—Dice que somos unos herejes y que estamos negociando con la religión.
—¿Y qué hace él? Lo mismo. No le gusta que tengamos un negocio que marcha mejor que el suyo.

@ @ @ @ @

—Éste es el meollo del problema, hermanos —insistió Pablo Machuca a los integrantes de la Hermandad—. Si destruyen la capilla, no va a haber ni negocio ni chamba para nadie aquí.

—Los del Consorcio Minero dicen que no sólo van a sacar el caolín, sino también, pondrán una fábrica de porcelana fina aquí.

—¿Y tú les crees? Eso dicen para que les demos nuestro apoyo. Luego, a la hora de la hora, traerán a gente de afuera, so pretexto de que somos ignorantes y no sabemos producir lo que ellos quieren.

—Y no será para años. ¿Qué vamos a hacer si destruyen la capilla dentro de unos meses hasta que pongan una fábrica, en no sé cuantos años?

—Tienes razón. Se va la capilla y se va la chamba al toque.

—No sólo de pan vive el hombre —insistió Pablo Machuca—. ¿De qué sirven las ofertas de trabajo de parte del Consorcio si, al mismo tiempo, nos quitan el acceso a la salud que nos brinda nuestro Jasho?

—¿Cómo podemos impedir que vengan a destruir la capilla? Meterán maquinaria bajo la protección de un pelotón de cachacos y ¡zas! En un dos por tres, no habrá ni recuerdo del santuario.

—Miren, compañeros —intervino Julio Vásquez, que no sólo pertenecía a la Hermandad, sino también, era regidor en la municipalidad—. No nos queda más remedio que hacer un arreglo con los arqueólogos y unirnos contra el Consorcio. Como ya ha dicho Cristian, pueden meter maquinaria y acabar con todo.

—¿No habrá manera de buscar el apoyo del obispo?

—El obispo no quiere saber nada de nosotros; ni el párroco tampoco. Ambos quieren que desaparezca el santuario.

—También los arqueólogos han dicho que quieren tumbar la capilla para poder excavar.

—Estamos jodidos.

—Como siempre, compadre; pero tenemos que luchar para que no destruyan todo.

Comentado [03]: ¿No es con mayúscula?

Comentado [04]: Espacio innecesario anulado

@@@@@

—Esto es lo que yo quiero —entonó suavemente el párroco en una reunión con los arqueólogos—. Hasta que desaparezca por completo la capilla y toda la fanfarronería de los milagros, la parroquia no va a poder llevar adelante su programa de formación y compromiso cristiano.

—¿Qué problema hay, padre?

—Mire usted. Mucha gente en esta ciudad no quiere casarse como manda la ley de Dios. Se juntan y procrean hijos como si fueran animales.

—Así es, padre —musitó el jefe de la expedición arqueológica, con la esperanza de que el sacerdote no pregunte nada sobre su propia situación familiar; porque no se había casado con su compañera actual y tenía hijos, también, en otra mujer.

—La parroquia quiere que la gente contraiga matrimonio cristiano y que forme bien sus hogares.

—Muy loable.

—Entonces, negamos el bautismo a los hijos de los convivientes. La gente tiene que casarse si quiere el bautismo de sus hijos.

—Me parece duro. Las pobres criaturas no tienen la culpa si sus padres no quieren casarse.

—Crecerán con ese mal ejemplo ante sus ojos y resultarán haciendo exactamente lo mismo. Entonces, hace falta poner fin a este escándalo.

—¿Y qué tiene que ver Jacinto Rojas en todo este lío?

—Fíjese usted lo que sucedió el mes pasado. Vino una pareja que ya tiene tres hijos y no han querido casarse por nada. Como se enfermó el más pequeño, vinieron pidiendo que lo bautice.

Comentado [05]: ¿Es necesario este espacio?

—¿Cuántas veces tengo que decirles que el bautismo no es para que se sanen los niños, sino es para que sean cristianos?

—Bautice usted a nuestro chibolito, padrecito. No queremos que muera moro

Comentado [06]: ¿Es necesario este espacio?

—Bueno, de tanto insistir, acepté bautizar al niño, con tal que pudiera casar a los papás a la vez.

—¿Aceptaron?

—Sí, después de una larga discusión sobre los padrinos.

—¿Y?

—Se metió el Satanás de Jacinto Rojas.

—¿Cómo?

—Íbamos a realizar la ceremonia al día siguiente, pero, los muy condenados llevaron al niño esa misma tarde a la capilla en el cerro, y resulta que el niño se sanó.

—Al toque no más, Padrecito, mi chibolito se sanó. San Jasho es trome, no hay nada que hacer. No vamos a bautizar al niño todavía. Primero buscaremos unos buenos padrinos. Yo había pedido a mi hermano para que sea el padrino, como todo era tan rápido... Pero él es pobre como una rata. Ahora que hay tiempo para buscar, voy a conseguir a alguien con plata; uno de los ingenieros quizá.

—Tampoco querían casarse. Total, gracias a Jacinto Rojas, se impide la celebración de los sacramentos en esta parroquia.

—Entonces, padre, ¿usted quiere que le ayudemos a poner fin al culto que se lleva a cabo en la capilla del cerro?

—Así es. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a apoyar su gestión arqueológica, porque comprendo la importancia que tienen los restos enterrados allí para nuestra historia.

@ @ @ @ @

Al poco tiempo, el párroco se encontró reunido con un representante del Consorcio Minero.

—Padre, con el apoyo de usted, podremos convencer a la gente que la mina les conviene.

—Un momentito, hay el problema de la huaca. Es patrimonio nacional, y me preocupa bastante que hagamos todo lo posible para conservar nuestro patrimonio.

—Por supuesto, padre; y muy bien lo sabemos. Pero los arqueólogos son tercos. Estamos dispuestos a ayudar en la gestión de dinero ante la UNESCO para que se construya un museo moderno para poner todo lo que encuentren en la huaca.

—Ellos quieren que se conserve la huaca.

—Y esto nos va a impedir trabajar. Sin embargo, los intereses de la gente de *Santa María* están con nosotros, no con los arqueólogos.

—Se trata del patrimonio de la nación...

—¿Y cuánta gente puede vivir de este patrimonio? Aquí, lo que prima es el bienestar de la gente que vive ahora y no la tumba con unos huesos de un fulano que vivió hace siglos. La gente necesita trabajo y eso es lo que les podemos ofrecer.

—Pero, el Instituto Nacional de Cultura tendrá que intervenir, y ése va a impedir cualquier actividad minera.

—No lo creo, padre. Si el gobierno decide apoyar a los arqueólogos, va a tener que inyectar una gran suma de dinero en el proyecto; pero, si decide apoyarnos a nosotros, no tendrá que invertir, siquiera, un sol. Más bien, recibirá bastante dinero por el canon y los impuestos. Entonces, ¿cuál de los dos va a apoyar el gobierno, a los arqueólogos, o a nosotros?

—Cuando se presenta el panorama así, obviamente, el gobierno apoyará a ustedes, pero tengan cuidado de no caer en la trampa de cree su propia propaganda.

—Gracias por la advertencia, padre. Ahora, ¿podemos contar con usted?

—Como le dije al principio, me preocupa bastante la conservación de nuestro patrimonio nacional.

—Por supuesto, así debe ser; y, como nosotros también somos sensibles sobre lo que se considera patrimonio de la nación, estamos dispuestos a hacerle una donación para la restauración de su iglesia.

@@@@@

—¡Y no lo aceptaste! —protestó el obispo.

—Monseñor, yo ya había dado mi palabra a los arqueólogos de que les apoyaría.

—Eres demasiado ligero en tus actuaciones. Tienes una obligación moral de hacer todo lo posible para el bienestar de los fieles; no sólo en lo espiritual, que es lo primordial para un sacerdote, por supuesto, sino también, en lo material. Los arqueólogos no te van a dar nada, ni para restaurar la iglesia, ni tampoco para ayudar atender a los pobres de la parroquia. Pero, podrías sacar una buena tajada del Consorcio Minero.

—Sí, monseñor; pero usted sabe que la minería es una actividad cuestionable, desde el punto de vista moral.

—Padre, yo estaría más contento si pondrías un límite a tu preocupación sobre la moralidad de una labor económica y pensar más en la administración de los sacramentos y la prédica de la Santa Palabra de Dios.

—Nada de eso se puede hacer en el vacío, monseñor, y la misma Palabra de Dios nos instiga a cuestionar toda actividad humana, sea política, o sea económica. Así, también enseña la doctrina social de la Iglesia.

El obispo respondió, como si no hubiera escuchado:

—Ése es el problema de muchos de ustedes, los sacerdotes jóvenes. En vez de dedicarse a hacer para lo que han sido ordenados, como la administración de los sacramentos, insisten en meterse en lo que no les compete, y sobre lo que no saben nada. Tú emplearías mucho mejor tu tiempo en el confesionario, como el santo Cura de Ars, en vez de preocuparte de la minería.

—Y si un minero que, efectivamente, ha participado en la violación de la naturaleza y en la contaminación del ambiente, viene a confesarse, simplemente, que se ha emborrachado un par de veces y ha usado unas cuantas palabras soeces, ¿debo darle la absolución y decirle que rece un par de Ave Marías?

—Padre, lamento tu tono ligero y poco serio. Tengo mucho que hacer, y quisiera que reflexiones bien sobre tu deber para con los fieles de *San Jacinto*.

“Hasta el mismo obispo se ha dejado atrapar por ese Satanás de Jacinto Rojas y llama al pueblo San Jacinto”, musitó el párroco. Luego, como buen soldado, regresó a las trincheras para obedecer las órdenes de su general.

@@@@@

La última combi subía hasta la Panamericana con sólo un pasajero, pero tanto el chofer como el chuli, estaban contentos. Habían tenido un buen día.

—No hay nada que decir, Coco. Cuando Jasho hace unos cuantos buenos milagros, jala gente como moscas en la cocina de mi vieja —cogió el detente con el retrato del “santo” que se mecía delante del parabrisas y lo besó—. ¡Sigue adelante, Jasho!

—¿Usted cree en los santos? —preguntó el pasajero, vestido sobriamente y con una Biblia bajo el brazo.

—Creo en nuestro *San Jasho*, sí, señor. Es gracias a él que no nos falta la chambita.

—Los santos no son más que palos y yeso. Sólo hay un Santo y ese es Dios mismo. Él sí puede sanar, pero un palo no puede hacer nada.

—Jasho no es ningún palo. En la capilla están sus restos.

—¿Y usted cree que los huesos pueden curar, huesos, además, de un gran pecador?

—Mira, compadre, si quieres hablar mal de Jasho, bájate del carro.

—No estoy hablando mal, sino diciendo la verdad. Jacinto Rojas era un gran pecador. ¿Cómo me va a decir que sus huesos curan a la gente?

—Entonces, ¿todos los que dicen que se han curado después de rezar en la capilla, son mentirosos?

—Claro que sí.

—¡Ya basta! Paro el carro y te me bajas.

—Usted ofrece un servicio al público y lo tiene que cumplir.

—No tengo por qué aceptar que suba cualquier tipo a mi carro. No acepto que suba ningún borracho y no acepto que subas tú, si vienes con insultos.

—No he hecho nada para que me trate así.

—Compadre, has estado insultando a *San Jasho*. ¿Cómo te parecería si yo entrara en tu iglesia y dijera en voz alta: “¡Cojudeces!” cuando tú estás gritando: “¡Gloria a Dios!”

—Eso sería una blasfemia que merece el castigo de Dios.

—Y lo que tú estás diciendo contra mi santo, ¿no merece ningún castigo?

—Yo le estoy corrigiendo. Le estoy enseñando el camino del bien. Le estoy mostrando su error.

—Más bien, me estás diciendo que soy un mentiroso. Yo podría decir lo mismo de ti porque dices que en tu iglesia hay milagros.

—Nuestros milagros son de Dios mismo. Él cura a la gente cuando lo invocamos con un corazón puro y cuando confesamos nuestros pecados. Jacinto Rojas nunca pidió perdón por sus errores, todo lo contrario, se jactaba de ellos. Gozaba de sus fornicaciones y sus borracheras.

—¡Qué sabes tú de Jacinto Rojas!

—Yo lo he conocido bien. Era compañero de borracheras con él. Luego vi la luz y abrí mi corazón a Cristo. Me convertí, me arrepentí de mis pecados y traté de convertir a Rojas; pero no tuve éxito, porque Satanás ya lo tenía en sus garras y lo había convertido en un verdadero demonio. Se reía en mi cara y no tuve más remedio que dejarlo en su maldad.

—Jacinto Rojas tenía más bondad en su dedo meñique que lo que tú tienes en todo tu miserable cuerpo. Ahora, bájate.

Paró el carro y el chuli abrió la puerta. Un viento frío corría por el desierto y el hombre no se movía.

—¡Bájate, carajo! ¿O quieres que te botemos?

—No me pueden dejar aquí, en pleno desierto.

El hombre puso resistencia, pero no pudo contra el chofer y el chuli, que lo jalieron fuera del carro y lo tiraron al suelo.

—¡Ayuda!

Su Biblia había caído en el carro, el chuli la agarró y la tiró lejos.

—¡Diablos! ¡Blasfemos!

Cerraron la puerta del vehículo y arrancaron. Se rieron.

—Que el muy cojudo aprenda a ser más educado.

—Nos puede denunciar.

—No tiene testigos. Podemos decir que estuvo borracho y que se puso violento. Con eso lo dejamos muy mal parado ante su gente, que es tan puritana.

—¿Tendrá que caminar?

—Me imagino que sí. Nadie va a parar en la carretera a estas horas. Le hará mucho bien, carajo.

@@@@@

Al día siguiente, la Policía de Carreteras encontró un cadáver al borde de la Panamericana. No mostraba señales de asalto o de violencia. Tampoco tenía documentos de identidad. La Biblia tampoco fue encontrada. Sólo después de un par de días, se estableció la identidad del fallecido, el pastor de *La Iglesia de la Santidad*; pero nadie daba razón de cómo había muerto. Por supuesto, ni el chofer, ni el chuli, informaron que el pastor había viajado en su combi y que lo habían bajado después de una discusión.

—Jeta cerrada —amenazó el **chofer** a su sobrino, el chuli Coco—. No le hicimos nada y no sabemos por qué el muy cojudo tuvo que morir. No sabemos nada de lo que pasó. ¿Entendido?

—No se preocupe, tío. No he visto nada.

En sus adentros, el chofer estaba convencido de que *San Jasho*, algo tenía que ver con lo sucedido, y se alegró.

—Cualquiera que se meta con Jasho tendrá que correr la misma suerte.

—¡Ojalá, tío!

Comentado [07]: ¿Total, chofer o chófer?

Los fieles de *La Iglesia de la Santidad* no estaban dispuestos a dejar que las cosas se queden así nomás y presionaban a la policía para que investigara más a fondo.

—Nuestro pastor fue el alma de la congregación y un verdadero hombre de Dios. No puede ser que lo maten como si fuera cualquier cosa y que nadie haga nada.

—Señores, comprendo su preocupación —contestó el capitán—, pero ustedes nos tienen que ayudar. Tenemos muy poco personal aquí y no tenemos gasolina, ni siquiera para hacer una visita al lugar de los hechos. ¿De quién sospechan ustedes?

—Del maldito Jasho.

—¿Se refieren ustedes a Jacinto Rojas?

—Justamente.

—Pero él falleció hace años.

—Fue un compactado y sigue haciendo daño.

—Los fieles que visitan su tumba hablan de sus milagros y curaciones, y también del bien que hace. Es primera vez que me dicen que hace mal.

—Él no hace bien. Fue un compactado durante su vida y lo que hace ahora, es jalar gente para que lo acompañe en el infierno. Nuestro pastor lo desenmascaró y, por eso, lo han matado.

—Pero, señores, no hay ninguna señal de violencia contra su pastor. El médico que realizó la autopsia opina que debe haber sufrido un infarto.

—¿Cómo se explica que estaba en el desierto, a kilómetros de distancia de cualquier poblado? El Demonio lo tentó, como tentó a nuestro Salvador, y lo mató.

—¿No pueden ustedes ofrecer algún móvil que no tenga nada que ver con el Diablo? Robo, por ejemplo.

—Él nunca llevaba dinero.

—¿Por qué viajó tan tarde?

—Regresaba a su casa en Chiclayo después del culto. Se habían sanado algunas personas durante nuestra oración y, seguramente, el malvado Jasho Rojas estaba celoso.

—Entonces, ¿para ustedes, Jacinto Rojas vive?

—Vive como siempre vivía, sumergido en la maldad.

El capitán se sentía atolondrado. Esta conversación sobre una lucha entre vivos y muertos, lo sacaba fuera de los parámetros de lo normal. Llamó al teniente.

—Tenemos que investigar la muerte del pastor evangélico, porque su gente está piteando. Se sabe que viajó en una combi rumbo a Chiclayo. Hay que averiguar cuál fue. También sería bueno interrogar a las hermanas que cuidan la capilla en el cerro.

—Sí, mi capitán.

No logró descubrir nada con respecto a la combi.

—No, jefe, no vimos al señor.

Comentado [08]: Ningún es negación. La posibilidad es algún.

Comentado [09]: Con guión y signos de interrogación por formar parte del diálogo que continúa.

—Dicen que se fue en la última combi esa noche.
—Seguro. ¿Cómo habrá sido pues?
—Ésta es su foto.
—Sí, lo conocemos. Siempre venía de Chiclayo.
—¿Pero, no lo vieron ese día?
—No, jefe.

—¡Mudos, carajo! Tercos como mulas —se quejó el teniente cuando regresó a la Comisaría—. Los protegemos con la patrulla de carreteras y no quieren colaborar con nosotros.

—¡Quieren que colaboremos! Colaboramos con los muy concludos todos los días con lo que nos cobran para entrar y salir de la ciudad. ¡Que trabajen carajo!

Luego, el teniente hizo la caminata empinada y calurosa hasta la capilla. Llegó sudando y Ambrosia le ofreció un vaso de chicha.

—Gracias, señora. Está riquísima. Nunca he probado una chicha tan sabrosa.

—La sirvo todos los días a los fieles que suben para rezar al santo —contestó Ambrosia con una mirada intencional al policía. Mientras Petunia lo observaba con recelo.

—¿Ha venido usted a rezar?

—No, señoras. He venido para hacerles unas preguntas.

—Pregunta nomá, jefecito.

—¿Ustedes conocen al pastor evangélico, el de *La Iglesia de la Santidad*?

Las hermanas se miraron y luego, con un ademán, respondió Petunia:

—No, jefecito. Esa gente no viene por aquí. No creen en nuestro santito.

—¿Nunca han discutido con el pastor?

—¿Cómo?

—Bueno, ustedes dicen que su santo hace milagros y el pastor también los hacía...

—Nuestro Jasho es bien milagroso —interrumpió Ambrosia—. No hay nadie, en todo el norte del Perú, que pueda hacer milagros como él, ni siquiera la Cruz de Motupe.

—Entonces, ¿qué piensan de los milagros del pastor?

—No sabemos.

—Todo el mundo sabe que se hacían curaciones en la iglesia evangélica.

—Dicen —resopló Petunia.

—Como ustedes también dicen que se hacen milagros aquí...

—Nosotros no decimos nada —le corrigió Ambrosia—. Es la gente curada la que lo dice.

—Y así lo dicen los evangélicos.

—¿Cómo será pue'?

La conversación siguió dando vueltas y vueltas, sin llegar a nada.

—Y le digo, mi capitán, que no había manera de sacar una palabra sensata a esas dos mujeres. Un par de brujas de mierda.

—¿Pero, la chicha era rica?

—Ricaza —se rió—. Y...

—¿Y, qué?

—Me daba la impresión que ambas querían que me acostara con ellas.

—Estaría usted siguiendo los pasos de un gran hombre.

—¿Jasho?

—Precisamente.

El teniente se rió de nuevo:

—¿Puede usted verme haciendo milagros?

—Si Jasho los hace, creo que el campo está abierto.

—Entonces, lo pensaré.

—Bien, hombre. Por lo pronto, asunto concluido.

—¿Usted lo cree, mi capitán? Me parece que aquí en *Santa María*, no se resuelve ningún problema. El lugar es como un pulpo y cuando se sale del abrazo de uno de sus tentáculos, otro viene inmediatamente para estrangularnos.

Miraba el sol que se ponía, como una bola de fuego que descendía hacia el mar. No sabía nada de los mitos y leyendas de los antepasados que vivían en las Dunas de Ninamasha, pero algo le hacía sentir incómodo e, instintivamente, se daba cuenta que ese lugar era el escenario de una lucha entre los dioses. El sol desapareció a lo lejos, en las aguas del mar, y el cielo se quedó rojo incandescente, jaspeado con flecos de oro, como un grito de adiós. Luego vinieron la oscuridad y la brisa fría de la noche. El agua había vencido al fuego.

@@@@@

La muerte del pastor sirvió para fijar más la atención de los habitantes de *Santa María* en la importancia de su santuario.

“¡Ojalá que los ingenieros y los arqueólogos se den cuenta del poder castigador de nuestro Jasho!”, fue la opinión de muchos.

—Que no se metan, o Jasho les va a dar vuelta.

Sin embargo, gracias a unas donaciones a las cuentas privadas del alcalde y sus concejales, más el apoyo para un par de congresistas, los trámites para que se apruebe una ley que declare que la zona sea intangible se enfrascaron en una serie de contratiempos, mientras los trabajos para extraer el caolín comenzaron en el valle estrecho tras el *Cerro Kon*.

Comentado [O10]: ¿Cuándo ha visto que los congresistas den plata de su bolsillo?

—Tenemos que establecernos bien, antes que los arqueólogos logren que toda la zona sea declarada intangible. Una vez que nos ubiquemos, y que haya trabajo para algunos de los pobladores, les va a ser muy difícil sacarnos.

—Estrategia militar ¿no? Establecer primero un puente, y luego meter cualquier cantidad de tropas para tomar las posiciones del enemigo.

—Exactamente.

Pero no sólo los trámites de los arqueólogos se encontraron atrapados en el Congreso, también los trabajos en la mina de caolín se enfrascaron en dificultades. Para evitar dañar la huaca, en esta primera etapa, las operaciones tenían que extenderse hacia el río *Santa María*, que irrigaba los campos de cultivo en el valle y proporcionaba el agua para consumo de los pobladores de la ciudad.

—Ya se están quejando de que estamos contaminando el agua.

—El problema no existiría si no fuera por la maldita huaca.

—Ya hemos ofrecido todo nuestro apoyo a los arqueólogos, para que realicen su labor cuanto antes y saquen los huesos de los fulanos enterrados allí.

—Dicen que están haciendo lo posible por avanzar, pero que su trabajo siempre es lento.

—Mientras tanto los muy vivos están haciendo campaña en el extranjero para levantar una protesta internacional contra nosotros. Dicen que estamos destruyendo el patrimonio de la humanidad y que es como si quisiéramos tumbar Machu Picchu.

—Pero tenemos todo el apoyo de Lima para nuestro trabajo.

—El otro pretexto que ponen para no avanzar, es que no lo pueden hacer sin demoler la capilla.

—Que lo hagan de una vez.

—Tienen miedo que se levante la población contra ellos. Tú sabes cómo es la gente cuando se pone brava. Puede correr sangre. Ya los pobladores han dicho que están dispuestos a hacer lo que sea para que su santo siga en la capilla para realizar milagros.

@@@@@

—No me cabe en la cabeza —dijo el presidente del directorio de *El Consorcio Minero Dunas del Norte S.A.* sobre un cóctel en la casa de su cuñado—, cómo en pleno siglo XXI, con todos los avances de la cibernética y la tecnología moderna, estemos discutiendo, en un pueblo de mala muerte, sobre los huesos de los muertos y los milagros de curación.

—Mejor será que busques tu caolín en otra parte, cuñado.

—Por mala suerte, nuestras investigaciones demuestran que no hay caolín de mejor calidad en todo el país. Con lo que hay allí, en *Santa María*, podríamos crear la porcelana más fina del mundo. Tú piensas que sólo cuento soles o dólares. No es así, cuñado. Yo también tengo un sueño, y me fascina la posibilidad de crear algo mejor que lo se producen en las fábricas de Dresde o

de Meissen, mejor que los ingleses, mejor aún que los mismos chinos. Yo no puedo permitir que los huesos de un borracho, y un fulano equis que murió hace siglos, impidan este sueño.

—Los pobladores están dispuestos a lanzar una batalla para defender su santuario y los arqueólogos están logrando el apoyo extranjero.

—Los pobladores correrán ante unas cuantas bombas lacrimógenas. ¿Qué paso cuando los talibanes en Afganistán decidieron destruir unas estatuas del Buda? Todo el mundo piteó. Los talibanes les mostraron el dedo medio y demolieron las estatuas. ¡Punto, amén! Eso es lo que tenemos que hacer. De nada me sirve tener sueños, si no tengo cojones.

—Entonces, ¡salud, cuñado!

—¡Salud y dedo arriba!

—¿Otro trago?

—Gracias. —Alcanzó su copa y añadió—: Hay una cosa más.

—¿Qué?

—Voy a demostrarle a la gente de aquí, que no somos bárbaros, sino que apoyamos la cultura.

—¿Cómo?

—Pienso auspiciar algunas iniciativas culturales en este maldito pueblo.

—¿Tienes algo concreto en mente?

—Sí, siempre hay jóvenes que quieren publicar sus poesías o sus cuentos. Voy a ofrecerte para hacerlo.

—Se tendría que organizar un concurso para decidir cuáles son las mejores creaciones. Tú sabes, igual que yo, que la poesía que está de moda es una cojudez. —Se rió y añadió—: La llaman surrealista, o algo por el estilo, y es tan por debajo de lo real que no se entiende nada.

—No importa. Lo que nos interesa, es ganarnos la buena voluntad de la gente.

—Y nos costará una bicoca.

—¡Exactamente!

@@@@@

La lentitud del avance de los arqueólogos, no fue simplemente una cuestión de táctica para comprar tiempo y movilizar a la opinión mundial; tampoco dependía de la oposición de los defensores del santuario, aunque ambos factores estaban presentes. No, simplemente se encontraban con un problema tras otro.

—He investigado otras huacas, y nunca ha sucedido lo que acá —se quejaba el jefe de la expedición.

—Doctor, hay huacas que ya se han muerto y no pueden resistirse. Hay otras que se entregan a su violación como chicas que ya no tienen fuerzas. Pero, la nuestra tiene vida y es fuerte. Sabe cómo defenderse —le dijo Ambrosia.

—No hable estupideces, mujer. Más bien, lo que sucede es que gente como ustedes nos hacen daño para que no avancemos. Casi toda mi gente se ha enfermado y no se explica qué clase de enfermedad es.

—¿Cómo será pue'? Nosotras no hacemos daño a nadie.

—Pero defienden lo suyo.

—Y ustedes lo suyo.

—No es mío. No es de los arqueólogos, sino de todo el mundo.

—Nuestro santo también es de todos. Si destruyen su capilla y él deja de hacer milagros, ¿a quién va a acudir la gente pobre? El trabajo de ustedes perjudica a la gente humilde. Pero, los grandes del mundo no hacen caso cuando los pobres y los humildes sufren. Dicen que están dispuestos a invertir millones de soles en la construcción de un museo, pero nunca invirtieron para que tengamos un buen hospital, con buenos médicos; ni tampoco un instituto pedagógico que valga la pena llamarse como tal. El único que se ha preocupado por nosotros es nuestro Jasho.

—¿Tiene algo que ver con los restos del señor enterrados en la huaca?

—No sabemos. Sólo él lo sabrá. Pero sépanlo bien, defenderemos a nuestro Jasho hasta donde Dios nos dé fuerzas.

De allí no había manera de salir. A pesar de los atrasos y las dificultades, los arqueólogos continuaron su trabajo arduo, hasta que llegó el momento en que ya no pudieron avanzar más, sin que se demoliera la capilla. Hubo otra reunión del *Comité Pro Defensa del Patrimonio Histórico de Santa María de las Dunas de Ninamasha*.

—No hay vuelta que dar, señor alcalde; tenemos que trabajar donde está la capilla. ¡Ojalá que el sacerdote pueda dar la orden para que se traslade la capilla a otro sitio, o que los restos del santo que se encuentran allí, sean colocados aquí en el templo parroquial!

El sacerdote le lanzó una mirada que decía: *“La ignorancia en materia religiosa, especialmente entre la clase profesional, es espantosa. ¿Cómo se puede permitir que se trasladen los restos de un borracho mujeriego a una tumba dentro del templo, so pretexto de que es un santo?”*, pero se limitó a decir secamente:

—Es imposible, doctor. Los restos de Jacinto Rojas deben ser colocados en un nicho en el cementerio.

—Está bien. Lo único que nosotros queremos es que se saquen los restos para luego demoler la capilla y dejarnos trabajar en paz.

—Entonces, estamos de acuerdo, doctor. Pero, la orden para sacar el cadáver de la capilla y enterrarlo en el cementerio, no depende de mí, sino del jefe de salud.

—Disculpen, ustedes —intervino este funcionario—. Mi antecesor jamás firmó un documento para permitir el traslado de los restos del señor Jacinto Rojas del cementerio hasta la capilla, donde se encuentra ahora. Según el área de salud, los restos siguen en el cementerio y, por eso, yo no puedo dar ninguna orden para que sean colocados allí. Como les digo, para nosotros, ya están allí.

—¡Pero, no están allí! —gritó el arqueólogo—. Están en la capilla en el cerro.

—Eso es extraoficial, doctor, y fuera de la competencia de mi área. Yo recibiría una reprimenda severa, si admitiría que unos restos humanos habían sido enterrados fuera del cementerio. Eso no es procedente.

—Entonces, ¿usted no firmará una orden para el traslado de los huesos?

—Como, oficialmente, están en el cementerio, ustedes tendrán que convencer a los pobladores que los devuelvan, porque, efectivamente, lo que sucedió fue un robo.

—Usted sabe, igual que el resto de nosotros, que los pobladores no lo harán —protestó el arqueólogo. Luego volteó a Medardo Quispe y le preguntó—: Doctor, ¿qué dice la Ley sobre todo esto?

—El jefe de salud tiene razón. Oficialmente, los restos de Jacinto Rojas están en el cementerio; pero a la gente, no le interesa lo que diga, o no diga, la Ley.

—¡Qué maravilloso, carajo! —gritó el arqueólogo— De hecho, los restos de Jacinto Rojas están en la capilla en el cerro, pero, legalmente, están en el cementerio. Ahora, por favor, ¿cómo se puede hacer coincidir los hechos y la Ley?

Hubo un silencio sepulcral y fue obvio a todos los presentes que se había llegado a un callejón sin salida. Medardo Quispe se limitó a decir en voz baja:

—Habrà un derramamiento de sangre si se intenta mover los restos de Jacinto Rojas.

@@@@@

Durante una buena comida en el mejor restaurante en Chiclayo, un representante del Consorcio Minero conversaba amistosamente con Pablo Machuca, el Presidente de la *Hermandad de San Jasho*:

—Mira, señor Machuca, usted es un hombre de negocios. De lo que usted me ha dicho, ha logrado ampliar sus operaciones desde ser el dueño de un solo camión a tener varios, más una flota de ómnibus.

—Así es, gracias a *San Jasho*,

—¿Otro whisky?

—Gracias. Jamás he tomado un trago tan bueno.

—Habrà más, si usted quiere. Ahora, escúcheme. Con respecto a su línea de ómnibus: ya ha llegado el límite...

—Jasho está jalando más y más peregrinos —interrumpió Machuca.

—Seguramente, pero no creo que el jale del santuario aumentará mucho más. Usted sabe que las autoridades eclesíásticas están totalmente en contra, y pueden fregar todo.

—Pero el pueblo...

—Olvídate del pueblo, Machuca. Usted tiene que ser práctico. En este país, los de abajo nunca van a lograr gran cosa. Todo depende de los de arriba.

—¿Y quiénes son ellos?

—Nosotros, del consorcio minero. Si usted quiere que su empresa siga creciendo, tiene que aliarse con nosotros. Le podemos ofrecer un contrato mucho más lucrativo y seguro.

—Pero...

—Pero, ¿qué?

—Soy el Presidente de la *Hermandad de San Jasho*.

—Renuncie.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué?

—¿Qué dirá la gente?

—¿Qué mierda importa?

—Yo vivo allí, en *San Jacinto*. No podría afrontar a la gente si renuncio la presidencia de la Hermandad.

—Mire, Machuca. ¿Por qué seguir viviendo en un pueblo de mala muerte, cuando podría vivir en Santa Victoria, aquí en Chiclayo. Si usted acepta nuestra oferta, podrá vivir muy bien.

—¿Y si no lo acepto?

El representante del consorcio lo miró fijamente y luego dijo:

—Machuca, se va a demoler el santuario, digan lo que digan los miembros de su hermandad y los pobladores de *San Jacinto*. El barco de su santo se está hundiendo y le aconsejo de abandonarlo antes de que se vaya definitivamente al piqué. No vamos a renovar nuestra oferta cuando la capilla ha desaparecido y sus ómnibus ya no tienen a quién transportar.

—¿Usted dice que el santuario va a desaparecer, de todos modos?

—Sí.

—Entonces, déjeme continuar como presidente de la Hermandad, hasta que el santuario haya desaparecido, con un contrato firmado con ustedes para después. Así, no perderé el respeto de la gente.

—No, Machuca. Queremos que renuncie de una vez, para debilitar la resistencia.

—Pero ...

—No hay peros. Puede usted decir que ha renunciado por motivos de salud, por estrés, o lo que sea, pero renuncie, carajo.

@@@@@

La noticia de la renuncia de Pablo Machuca, por motivos familiares, cayó como una bomba entre los miembros de la Hermandad.

—Es el fin de la Hermandad —comentó alguien.

Y así fue. A poco tiempo vino la lucha final:

—¡Nuestros derechos como moradores y como devotos, valen más que unas leyes escritas en Lima por gente que no nos conoce y que nunca se ha interesado por nosotros! —gritó alguien por megáfono a la gente que bajaba de las combis, los micros y los volquetes venidos de Sullana, Piura, Sechura,

Motupe, Túcume, Íllimo, Ferreñafe, Lambayeque, Reque, Monsefú y Chiclayo. Hasta había algunos carros que se habían venido desde más lejos, de la sierra de Cajamarca, y de Trujillo y Chimbote. Llevaban banderolas con lemas:

“¡Que viva la salud del pueblo!”

“¡*San Jacinto* sí. Minas y museos, no!”

“¡Abajo los opresores del pueblo!”

“¡Fuera arqueólogos e ingenieros!”

El capitán de policía contemplaba a la gente, una mezcla de enfermos de toda edad; desde niños, hasta ancianos; gente sana que les acompañaba, mayormente mujeres; jóvenes con ganas de bronquearse. También había algunos hombres fornidos, trayendo a sus enfermos en camillas. Penosamente, caminando bajo un sol abrasador, iban subiendo el cerro hacia la capilla. Muchos sólo podían andar arrastrando los pies, y así pronto se creó una nube de polvo sobre la columna serpenteante.

—Da pena carajo —comentó el capitán.

—Pena o no —refunfuñó el presidente del Consorcio Minero—, ya se tiene que poner fin a toda esta pantomima y dejarnos trabajar. Lo que pasa es que ahora en el país hay una total falta de autoridad.

—Usted sabe que el alcalde quiere intentar, una vez más, que haya un diálogo para resolver el problema.

—Ya se ha hablado hasta por los codos y no se ha resuelto nada.

—Así es la democracia.

—¡Qué democracia ni democracia! Lo que hace falta aquí son bolas y balas.

—A los pobres les pueden faltar balas —dijo el capitán en voz baja—, pero las bolas les sobran.

Miró a sus efectivos, vestidos con cascos, chalecos antibalas y portando pesados escudos. Como también habían venido de distintos sitios, se preguntaba si tenían parientes o amigos entre los peregrinos que seguían subiendo el cerro. Todavía no había dado la orden de cerrar el pase o de evacuar a la gente de la capilla. Esperaba que la simple presencia de más de cien policías, armados con bombas lacrimógenas, fuera suficiente para desanimar a los peregrinos a acercarse a la capilla. Pero el efecto era todo lo contrario. Provocaba casi un estampido de pánico hacia la capilla y la gente sentía que ésta sería su última oportunidad de invocar a *San Jasho*.

Dentro de la capilla, había un calor sofocante creado por la masa de gente y por las velas que encendían. Un murmullo de oraciones y súplicas llenaba el ambiente como en un enjambre de abejas. Así había sido desde el día que trajeron los restos de Jacinto Rojas, y para Ambrosia y Petunia era inconcebible que no lo siguiera siendo. Ya desde hace varias días, les había llegado la orden judicial para que desocupen el lugar y, en coordinación con la autoridades de salud, trasladar los restos humanos desde la capilla hasta el cementerio. No habían hecho caso, más bien, habían redoblado sus oraciones a *San Jasho* para que intervenga y salve su santuario.

—Capaz el pobre esté cansado de tanto milagro y quiera descansar —opinó Petunia en voz baja.

—Jasho nunca se cansó durante la vida y no tiene por qué hacerlo ahora —contestó su hermana abruptamente—. ¿Acaso nosotras nos cansamos de atender a toda la gente que acude aquí? No, hermanita, ya es hora que Jasho demuestre quién es.

El abogado Medardo Quispe miraba la escena. Sentía una mezcla de compasión, cólera e impotencia. Se veía claramente que iba a haber una confrontación violenta y, era seguro, que los que tendrían que pagar los platos rotos serían los enfermos y los más inocentes en todo el pleito. Volteó y dijo al jefe de salud que lo acompañaba:

—Eugenio, temo por lo que pueda suceder aquí.

—Yo también. Fíjate Medardo, si a la policía se le ocurre disparar al aire, una bala perdida fácilmente podría caer en el ojo de un niño o en la cabeza de una madre de familia.

—Sí, es la peor táctica que se puede emplear, pero siempre lo hacen.

—¿Hasta cuando tenemos que seguir así? Nadie quiere cambiar nada. Cada uno está con su idea. No ha habido ningún diálogo serio en todo este lío. No hay confianza, ni transparencia tampoco.

—Tienes razón, Eugenio, cada grupo ha sido totalmente intransigente y no ha querido ceder ningún centímetro. Con un poco de buena voluntad y una visión del bien de todas las partes en el conflicto, estoy seguro de que el pueblo podría quedarse con su santo, los arqueólogos con sus huesos y la mina con su caolín. Pero, en vez de mirar todos en la misma dirección, se han dado el lujo de darse las espaldas. Éste no es un caso del tradicional mendigo sentado sobre un banco de oro, sino de tres idiotas jalando el mismo arado en diferentes direcciones.

—Y por eso seguimos jodidos.

Nadie prestaba mucha atención a la maquinaria pesada mandada por la Mina para realizar la demolición de la capilla y la choza, una vez que se hubiera desalojado a la gente. Más bien, todos estaban presurosos en alcanzar la capilla y tocar la tumba del santo.

En la choza, Carlos dormía. La noche anterior, él y sus primos habían secado algunos cántaros de la chicha de Ambrosia y luego habían caído en un sueño profundo, de borrachos. Soñaba algo confuso sobre el conflicto de los dioses antiguos, Kon, Ninamasha y Pachacámac. Estaban jugando en un campeonato de fútbol y parecían ocupar todas las posiciones en el campo: en un momento veía a Kon como arquero, en otro, como centro delantero, disparando contra Pachacámac. La pelota salía del campo y luego Ninamasha daba dando un tiro de esquina. Todo era muy confuso y no se entendía qué equipo ganaba y cuál perdía. Tampoco se entendía muy bien cuántos equipos había.

—¡¡Faul!! Penal a....

El sueño se borró y cambió: el incendio del mercado se hizo presente en su mente. Gritaba de miedo al avance de las llamas y luego sentía la presencia fuerte de su Padre.

—¡Vamos, cholito, vamos!

Comenzó la lluvia, lluvia como nunca se había visto en la costa, ni siquiera durante el “Niño”. Cundió el pánico y los peregrinos comenzaron a retirarse tan rápidamente como pudieron. En cuestión de minutos, el cerro se convirtió en un pantano. Vino la orden de cerrar el pase a los peregrinos y de evacuar a toda la gente en la capilla. Como algunos pusieron resistencia, se dispararon unas cuantas bombas lacrimógenas para animar la retirada. Algunos jóvenes, armados con palos, cargaron contra la policía, pero no pudieron penetrar el cordón que éstos ya habían creado alrededor del santuario. Los gritos llenaron el ambiente.

—¡Viva *San Jasho*, carajo!

—¡Policías de mierda!

—¡Asesinos del pueblo!

—¡Abajo la Mina!

—¡Abajo el Museo!

Había una confusión espantosa que ocultó los motores del buldózer que iba avanzando sobre la choza. La débil construcción cayó de un solo empujón. Ambrosia y sus hijos lograron ponerse a salvo y Petunia también, con las justas. Y, de pronto, Petunia gritó:

—¡Mi Carlitos!

El buldózer giró y avanzó sobre la capilla.

El relámpago con el tremendo crac del trueno era como si se hubiera dado un latigazo divino al cerro. Alguien gritó:

—¡¡¡Gooooo!!!!... a *San Jasho*!!!!

Luego sólo se sintió la lluvia densa.

—Lo increíble fue ver a todos los ancianos, cojos y artríticos, correr como si fueran niños.

—¡De un solo sopapo el *Jasho* curó a medio mundo, carajo!

—Pero no ganó el partido. El Consorcio le metió un penal.

@ @ @ @ @

Los diarios de la capital publicaron la noticia que las labores arqueológicas en la provincia de *Santa María de las Dunas de Ninamasha*, habían sido suspendidas por motivo de las lluvias extrañas que provocaron el colapso de la huaca en el *Cerro Kon*. “Un buldózer se enterró en la huaca al momento del colapso. Estaba siendo empleado para demoler una pequeña capilla que,

durante varios años, ha sido el foco de peregrinaciones populares, realizadas por personas de condición humilde, buscando sanarse de sus enfermedades. El peso del buldózer destruyó totalmente la tumba que los arqueólogos afirman, estaba debajo de la capilla que se demolía. Felizmente, no hubo ninguna desgracia humana porque el chofer logró saltar del vehículo en el momento en que éste se hundía.”

—¿Y la pérdida de mi Carlitos, no fue una desgracia humana? —lloraba la Petunia durante su velorio.

@@@@@

Pocas semanas más tarde, Beto Sánchez observaba que los obreros municipales pintaban el arco a la entrada de la ciudad con el lema: *¡Bienvenidos a Santa María, Capital del Caolín!* Murmuró a sí mismo:

—Me ofrecieron plata para publicar mis poemas, pero mejor que siga las huellas de Jasho, siendo yo mismo: aunque sea haciendo de stripper.

Los rayos del sol iban calentando, conforme se levantaba en el cielo.